



# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

## LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

### INTRODUCCION.

La buena acogida que os ha merecido, mis indulgentes lectoras, la primera serie de estos estudios, me ha animado á continuarlos, segura de que es el mejor modo de complaceros.

Estos artículos, lo mismo que los anteriores, serán sencillos como mis creencias, cariñosos como mi corazón.

Procuraré en ellos ponerlos á la vista las virtudes que mas embellecen el hogar doméstico y que son la base de la verdadera felicidad de la familia.

¡Ojalá, mis jóvenes lectoras, que estos estudios contribuyan á formar vuestros corazones para la virtud!

¡Ojalá que, al leerlos junto á vuestros padres en las largas y dulces veladas que paseis á su lado, encontreis algun solaz si os abruma la tristeza!

¡Ojalá que os den alguna conformidad, si padecéis; algun consejo, si fluctuáis con las pasiones tan vivas en vuestra edad!

Para vosotras son estos artículos, jóvenes que aun reposáis bajo el techo paterno vuestras hermosas y juveniles cabezas: para vosotras los he escrito; y ¡plegue á Dios que, cuando llegue á vuestras manos LA MODA, digais al abrirla; *aquí vienen los consejos amorosos de una amiga.*

Como en mis estudios anteriores, no os im-

OCTUBRE.

pondré la virtud con preceptos rígidos ó descarnados: os ofreceré á la vista los riesgos que trae el no practicarla y los bienes que nos proporciona su ejercicio, y vosotras la amareis.

Os presentaré á la virtud tal cual es realmente, hermosa y llena de encantos y atractivos.

Los que la pintan huraña, ataviada con el rigorismo y la intolerancia y acompañada de martirios sin cuento y de penosos sacrificios, esos la despojan de sus preciosos, naturales y sencillos atavíos.

Esos la desconocen y la confunden con el error y la superstición.

Yo os la enseñaré, no para que os asuste, sino para que la ameis como á una amiga.

Si vive entre vosotras, sereis felices.

Casi siempre nuestros males son nuestra propia obra; y si escudriñásemos detenidamente nuestra conciencia, encontraríamos en ella el origen de las desventuras que lamentamos.

Yo os haré ver que la mujer buena es siempre dichosa: que la providencia no la desampara nunca, y que si la niega toda felicidad aparente, por sus inescrutables designios, la deja en cambio el mas precioso de todos los bienes; el que nunca se acaba; el que nada ni nadie puede arrebatarlos; LA PAZ DE LA CONCIENCIA.

FIN DE LA INTRODUCCION.

### ARTÍCULO PRIMERO.

LA RESIGNACION.

I.

La impaciencia es un defecto de carácter ó de educacion; pero el cual puede tener una

influencia fatal y directa en la felicidad de la mujer.

La impaciencia es un defecto muy comun; tanto, que las mujeres mas virtuosas y ejemplares no se aperciben de que lo sea y se dejan llevar de él casi sin conocerlo.

Este es uno de los defectos que mas daño hacen en la vida doméstica por la misma razon de que, pasando desapercibido, á veces basta por sí solo á destruir un edificio al parecer muy sólido de felicidad y bienestar.

A los primeros que toca reprimir el carácter impaciente de una niña es á sus padres: la impaciencia se desarrolla en ambos sexos desde la edad mas tierna.

Apenas una criatura conoce á su madre, ya se impacienta si no la toma en sus brazos en el momento en que la ve.

Luego, si tiene mala educacion, si la miman, su vida no es otra cosa que una impaciencia continua.

Se impacienta si no le compran, cuando sale de casa, cuantos juguetes y dulces ha visto.

Mas tarde se impacienta si no la permiten que lleve á paseo á su muñeca ó si no la ponen el traje que prefiere.

Así que llega á la calle vuelve á impacientarse si andan despacio.

Si van á visitas, no deja sosiego á su madre con sus incesantes impaciencias.

La incomoda el gato que la mira; el perro que lame su mano; la mucha ó poca luz del aposento, y sobre todo, la quietud que se ve obligada á guardar.

Se me dirá que hay caracteres malos y propensos á la impaciencia, pero que hay otros dulces y sumisos; no obstante, el mas excelente de estos últimos se vuelve malo con la condescendencia continua é imprudente de sus padres, así como el que haya nacido mas voluntarioso y desapacible se torna bueno y amable con el freno de la educacion.

Criaturas hay á quienes se teme como á un enemigo formidable por sus continuos caprichos é impaciencias: no ha muchos dias que hallándome yo en casa de una amiga entró una señora con una hermosa niña que contaría de cinco á seis años: sobre un velador, colocado en el centro de una estancia, habia multitud de juguetes de la China, pequeñas estatuas de pórfido de un mérito admirable, y vasos de dibujo antiguo y de un gusto esquisito: la criatura se fué derecha á él y se puso á jugar alineando los preciosos objetos, y llevando parte de ellos á los sillones donde los distribuyó á su antojo.

Todos veíamos cambiar cien veces de color el semblante de su madre, mientras la rogaba

suavemente que dejase aquellos objetos en su lugar; pero la niña, indómita de sí y acostumbrada á cumplir siempre su voluntad, no hizo el menor caso de las advertencias maternas y continuó en su diversion con la mayor tranquilidad.

De súbito yo que no perdía de vista el hermoso rostro de la joven madre, le ví cubrirse de mortal palidez: ella, por su parte no separaba los ojos de su hija, y habia visto caer dos vasos y una pequeña estatua que representaba á Hebe, antes de que el estruendo nos avisara á los demás de que se habian hecho pedazos.

En efecto el pavimento de mármol, pues por ser estío estaba sin alfombra, el pavimento despiadado recibió é hizo añicos la estatua de Hebe, y dos vasos incomparables; es decir, destruyó el valor de mil duros.

Entonces la pobre madre depuso su enojo y la tomó en sus brazos llenándola de caricias ofreciéndola dulces y diciéndola que lo que habia hecho *no valia nada*.

Si aquella madre, demasiado débil, hubiera oido el concierto de vituperios que se levantó contra ella, apenas hubo salido de la sala, es seguro que hubiera deplorado amargamente la educacion que daba á su hija, y que hubiera procurado mejorarla.

## II.

El castigo en público, léjos de corregir á los niños, los exaspera y los hace perder el sentimiento de su propia dignidad, sentimiento el mas precioso de todos, el que con mas cuidado debe conservarse en la infancia.

La correccion de los defectos de los hijos es una de las tareas mas sagradas que pesan sobre los padres y que deben estos cumplir en el retiro de su hogar, sin dar jamás intervencion en ella á personas estrañas.

Los mas pequeños accidentes de la vida sirven á una madre para corregir la impaciencia y los caprichos de su hija.

¿Para qué ha dado Dios, sinó, ese lazo, tan hermoso como fuerte, del cariño filial y materno?

¿Para qué, sino para que la madre forme á su hija de modo que un dia pueda bendecirla?

La madre que no corrige las impaciencias de su hija desde la mas tierna edad de esta, se impone un martirio que cada dia ha de ir creciendo forzosamente; un martirio que, cuando la niña lleve á ser mujer, se convertirá en un suplicio intolerable, pues su misma hija la despreciará en justo castigo de sus imprudentes condescendencias.

Por buena, por dulce que sea una niña, debe

acostumbrársela á que vea alguna vez quebrantada su voluntad: este medio de dulcificar la índole es mas eficaz que el castigo, porque el castigo exaspera casi siempre, y la índole exasperada se torna amarga.

Es necesario hacer comprender á las niñas que solo para el bien deben tener voluntad; y sabiendo que carecen de ella para todo lo demás y que el mas precioso de sus deberes es la obediencia, no se impacientarán por nada, pues estarán persuadidas de que aquello que les ordenan es lo mejor.

Casi siempre la impaciencia mas peligrosa aparece en la mujer á la edad en que deja de ser niña, y esto por buena, cuidadosa y esmerada que haya sido su educacion: y es que la razon enseña á la jóven que existe la voluntad; que el corazon habla, y la mente desea y sueña mil placeres aun no conocidos.

A la edad de quince años se impacienta una jóven porque no estrena un traje el dia que habia pensado; porque no va al teatro á causa de la lluvia; porque el calzado la está ancho; ó porque la jaqueca no permite á la mamá llevarla á paseo.

Todas estas impaciencias son mas ó menos perniciosas y culpables segun la índole y la educacion de quien las tiene: si aquella y esta son buenas, la impaciencia se convertirá muy en breve en un pesar dulce y razonado: el corazon de la mujer debe sentir, y ¡ay! de aquella que tiene el suyo indiferente á todo! De esa clase de mujeres sin pasiones, sin tristeza, sin sentimientos, en una palabra, nada bueno puede esperarse.

La que siente las contrariedades, y su educacion y buen carácter la contienen, no tarda en hallar y abrazar á la resignacion, que es el antídoto mas precioso contra todas las borrascas de la vida.

La resignacion, esa hija del cielo, es tan hermosa, tan dulce, tan benéfica, que en el alma de la criatura mas afligida, mas despreciada, mas perseguida, derrama la tranquilidad y el bálsamo del consuelo.

No hay pena que no dulcifique, ni herida cuyos dolores no aminore.

### III.

Mil ejemplos pudiera aducir para probar que la resignacion de una persona perseguida y atormentada ha desarmado á sus mismos perseguidores.

Cárlos I, el rey mártir de Inglaterra; Luis XVI, el rey santo de Francia, llegaron al cadalso llevando en pos los remordimientos de sus verdugos.

Su perfecta y digna resignacion durante sus largos cautiverios y en medio de los tormentos y humillaciones sin cuento que les hicieron sufrir, convencieron á sus frenéticos enemigos de que algo de sobrenatural y sublime habia en los hombres que iban á sacrificar.

Cuando cayó la cabeza del heroico Cárlos I.º un sollozo inmenso retumbó en Wite-Hall, y acompañó su alma al cielo. El mismo Cromwell se estremeció hasta lo íntimo de su alma y llevó la mano á su frente creyendo hallar en ella la sangre que acababa de hacer verter.

Cuando rodó en la guillotina la cabeza del santo, del benéfico, del dulce Luis XVI, muchos de los espectadores, que desde el Temple habian ido acompañándole hasta el lugar de su martirio, huyeron desatentados como si la sangre régia hubiese cegado sus ojos.

Las madres, escondidas en lo mas recóndito de sus hogares, estrecharon á sus hijos contra el pecho, y los esposos de aquellas mujeres que habian escoltado al rey con picos, sables, chuzos, y palos; que le habian llenado de injurias; que le habian escupido al rostro; que le habian negado un abrigo y un sombrero para guarecer de la lluvia su régia cabeza y sus desfallecidos miembros; aquellos hombres, digo, volvieron á sus casas pálidos, desalentados y transidos de piedad y de horror.

Era que habian visto al rey dejarse atar las manos pacientemente, aunque temblando de dolor.

Era que se acordaban de que le habian privado hasta de lo último que se concede á todos los moribundos, pues no le habian permitido hablar mas que estas dos palabras que, desbordándose de su corazon, subieron hasta sus labios.

—¡Muero inocente!

Era que el santo abate Firmont, su confesor, habia gritado dominando todos los murmullos, todas las maldiciones:

—¡Hijo de San Luis! Subid al cielo!

Y este grito ahogó maldiciones y murmullos llevando el remordimiento y el espanto á todos los corazones.

Luego gritaron:

—¡Viva la república!

Pero este grito que poco antes habia hecho estremecer de júbilo á los pueblos, se apagó entonces sin eco.

—"La república, dice Alejandro Dumas, padre, tenia sobre su frente una de esas manchas que no se borran jamás."

"Hubo en París un sentimiento inmenso de estupor que llegó hasta la desesperacion."

"Una mujer se arrojó al Sena."

"Un peluquero se degolló."

"Un librero se volvió loco."

"Un antiguo oficial murió de espasmo."

Por la noche se iluminó París, pero sus calles estaban desiertas: solo algunas hordas de esos hombres que, como demonios escapados del infierno, aparecen unicamente en las revoluciones, recorrieron la ciudad llevando en las puntas de sus picas girones empapados en la sangre del rey y gritando con voz ronca y vinosa:

—¡El tirano ha muerto! He aquí la sangre del tirano!

Pero estos ahullidos de hienas fueron contestados tan solo con sollozos varoniles desde el fondo de las casas; con plegarias de mujeres que rezaban ante las imágenes del crucificado por el alma del santo Luis XVI, de aquel rey, cuyo único amor era su esposa, cuya única amistad era su hermana, cuya única alegría eran sus hijos, cuya única ambición era la felicidad de aquella Francia ingrata que le había sacrificado.

#### IV.

La Francia que deliró de dolor y de arrepentimiento á la muerte de su rey, vió con carcajada de alegría el cadalso y la muerte de su reina.

Y es que Luis era todo resignacion y dulzura y María Antonieta toda impaciencia y altanería.

Nada conmovió ni á París ni á las Provincias federadas: ni la hermosura de María Antonieta, hermosura de ninfa, hermosura la mas seductora de su tiempo; ni su tez de nácar, ni sus grandes ojos celestes, ni su pura frente, ni el desolador manto de nieve que en la noche de dolor que siguió á su despedida con el rey matizó sus cabellos dorados; nada, en fin, conmovió á aquel pueblo, irritado con sus desdenes, ultrajado por su impaciencia, herido por su orgullo.

María Antonieta perdió ante el pueblo francés hasta su carácter de madre, y eso que es notorio con cuanto extremo amaba á sus hijos aquella reina sin ventura.

El orgullo, la altanería de María Antonieta perdió á su esposo; y los franceses que, cegados por la revolucion, no lo conocieron, abrieron los ojos á la luz despues de haber sacrificado al inocente Luis XVI y revolvieron todo su furor contra su viuda acusándola de la muerte de su monarca.

—Muera la Austriaca! gritaban furiosos; ella es nuestra enemiga mortal y verdadera! Ella separó al rey de su pueblo. Ella le hizo huir de entre nosotros! Ella nos obligó á traerle

preso pues nos irritó con sus palabras iracundas! Ella mató á su esposo, á nuestro rey! Muera, muera á su vez!

Y María Antonieta murió mártir tambien, pero sin ser compadecida mas que por sus hijos y por la princesa Isabel, hermana santa del santo rey.

Si aquella mujer hubiese opuesto la resignacion y las dulces lágrimas de súplica á los primeros rugidos de la revolucion; si en vez de resistirse y de castigar como reina, se hubiese presentado rogando como esposa y como madre, quizá hubiera salvado la monarquía.

En vez de usar de la resignacion con su pueblo, opuso la seduccion con los representantes de la Asamblea Constituyente: víctimas de la pasion que supo inspirarles, fueron el gran Mirabeau, el genio inmortal que asombró á la Francia; el austero y apasionado Barnave, hombre intachable y gran orador; el noble y hermoso conde de Clarny, cuyos hermanos Jorge é Isidoro murieron como él defendiendo á la reina, y otros muchos que seria prolijo enumerar.

El mayor atractivo de la mujer, el mas poderoso y hasta irresistible, no es la hermosura ni el talento ni la opulenta cuna: su mayor encanto, su mas bella cualidad, su mas eficaz dominio consiste en la dulzura y en la resignacion.

#### V.

Jóvenes esposas, hijas de familia, madres respetables, mugeres todas que sabeis sentir; á vosotras me dirijo y para vosotras escribo, porque ya os he dicho otras veces que vuestra felicidad me interesa mucho.

La resignacion es una de las santas coque-terías de la mujer.

No es la falta de sentimiento; es el sentimiento mismo, domado, suavizado, embellecido, por decirlo así, por la dulzura y la paciencia.

Toda muger religiosa es resignada, porque la resignacion se encierra en estas palabras:

*Dios lo quiere.*

Los mas terribles golpes de la fatalidad, las mas insufribles desgracias se hacen llevaderas con este pensamiento lleno de suavidad, con esta consoladora reflexion.

Acordaos vosotras, cuya vivaz imaginacion sufre con las contrariedades; acordaos de que Dios no puede ordenar cosa alguna que no sea para nuestro bien, pues su amor ni puede engañarse ni engañarnos.

Acordaos tambien de que la impaciencia os roba todos los atractivos de vuestro rostro y

empaña todas las bellas cualidades de vuestro carácter.

Cuando esteis impacientes, si sois hijas, provocareis el enojo de vuestros padres.

Si sois esposas, hastiáreis á vuestros esposos, que huirán de vuestro lado por no soportar vuestro mal humor.

Si sois madres, asustareis á vuestros hijos, los cuales, por otro lado, se creerán autorizados para imitar vuestros raptos de impaciencia, pues es sabido que influye mucho el ejemplo en la infancia y en la juventud.

Y de todos modos, cualquiera que sea vuestro estado ó vuestra posición, perdereis el prestigio mas poderoso de vuestro sexo, que consiste en la dulzura y en la bondad.

No me cansaré de repetirlo: la mujer debe dominar por la dulzura y la persuasión.

Su debilidad hace ridícula la ira y hasta la impaciencia.

Cada sexo tiene sus atributos señalados por el mismo Dios.

Dejemos al hombre la fuerza, la resistencia y el dominio.

Nuestro imperio es mas suave y mas ligero, pues consiste en la resignación y en la conformidad.

Ondée la mujer el blanco estandarte de la paz, y bajo él irán á cobijarse la alegría, el amor y los dulces afectos de la familia.

FIN DEL ARTÍCULO PRIMERO.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

## LOS VERSOS DE ORO DE PITAGORAS.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL TESTO GRIEGO.

Da culto á los dioses inmortales  
Segun las santas leyes han dispuesto.  
A los héroes despues rinde homenaje,  
Y acata los solemnes juramentos.  
Respetar y haz legales sacrificios  
A las divinidades del infierno:  
Honra á tus padres, honra á tus parientes,  
Y ten por tus amigos á los buenos.

Inclínate á las obras provechosas:  
No opongas resistencia al buen consejo,  
Ni por liviana falta, mientras puedas,  
Vean en tí tus amigos duro ceño.

Aprende á dominar el apetito  
del comer y beber: domina el sueño,  
La lascivia y la cólera: nada hagas  
Que fuere torpe y de pureza ageno,

Ni con otros ni á solas; á tí mismo  
Mírate con pudor y con respeto.  
Practica la justicia, y te acostumbra  
A estar en tu razon y sano acuerdo,  
Pensando que es morir cosa segura  
Y los bienes del mundo pasajeros.

La parte que te cupo de los males  
Dados al hombre por el hado adverso,  
Soporta con dulzura, y sin airarte  
Aplica á tus dolores su remedio,  
De las cuitas humanas contemplando  
Ser la parte menor para los buenos.

En los hombres verás buenos discursos,  
Y veráslos ruines y perversos:  
No te causen asombro, ni consientas  
En desviarte de tu buen intento.  
Si alguna vez te hablaren con mentira,  
Calla y escucha con paciencia; pero  
Que ninguno á decir ó hacer te arrastre  
Lo que en tu buen sentir no fuere honesto.

Antes de dar principio á tu trabajo,  
Piensa para evitar los desaciertos.  
Sé prudente: no ofendas á los hombres  
Con actos ó con dichos indiscretos:  
Obra por el contrario cosas tales  
Que nunca llores su dañoso efecto.  
No te ocupes de aquello que no entiendas:  
Dócil pide á la ciencia sus secretos.  
Con estas reglas de vivir, tus dias  
Serán dulces, tranquilos y risueños.

Te conviene además ser cuidadoso  
En lo que mira á la salud del cuerpo:  
En comida, en bebida, en ejercicios  
Pon saludable tasa y justo medio.

Sea sóbrio tu vivir; tal la llaneza  
De tu casa y persona en el gobierno,  
Que no excites la envidia: nunca gastes  
Con torpe indiscreción fuera de tiempo:  
Mas no seas avaro: que es en todo  
Una justa medida el don perfecto.  
Haz lo que no te dañe: vaya siempre  
Delante de la obra el pensamiento.

A la hora del descanso, no á tus ojos  
Concedas, hijo, el regalado sueño,  
Sin antes ver lo que pasó en el dia,  
Y cada cosa examinar atento.  
¿Dónde estuve? ¿Qué hize? ¿Qué obra útil  
Dejé sin acabar? Y discurriendo  
Por todo, de lo malo te arrepiente:  
Ten dulce regocijo por lo bueno.  
Medita y aprovecha estas lecciones:  
Ama por tu bien propio estos consejos:  
Que ellos te han de poner, si los practicas,  
De la virtud divina en el sendero,  
Por aquel que nos dió las cuatro fuentes

De vida perenal te lo prometo.

Tu obra al comenzar, ruega á los dioses  
Que le den venturoso acabamiento;  
Y en viéndola acabada, reconoce  
Que es instable, pues viene á tierra luego  
Cuanto el hombre fabrica, y lo que sale  
De la mano de Dios es solo eterno.  
Ser la naturaleza igual en todo  
Reconoce tambien: vive contento  
Si alcanzas la verdad; esto nos cumple:  
Que esperar lo imposible es loco empeño.

Reconoce por fin que por su arbitrio  
Se cercan los mortales de tormentos.  
¡Infelices! no ven, no ven ni escuchan  
Estando cerca el bien. ¡Cuán pocos dellos  
Rompen su esclavitud! Tan crudas hieren  
Las parcas el humano entendimiento,  
Y rodando, rodamos por la tierra,  
Solo para llorar males inmensos:  
Con el hombre ha nacido, y es del hombre  
Funesta compañera acá en el suelo  
La discordia fatal, la que sus dardos  
Arroja y huye á su escondite presto.  
No quieras provocarla: mas te vale  
Sus iras evitar siempre cediendo.  
¡Oh Dios Padre! Del mal, del mal nos libra  
Y en la eleccion del bien danos acierto.

Pero ten confianza: que los hombres  
De linaje divino descendieron,  
Y la santa, la pródiga natura  
Les irá revelando sus misterios.  
En tanto, de los males que te agovien,  
Si cumples mis mandatos, serás dueño,  
Y salvarte podrás; mas piensa, piensa;  
Sean de tu reflexion constante objeto  
Purificar y redimir el alma.

Estas cosas medita con buen seso.  
A todo tu razon se sobreponga,  
Que es el mejor auriga, y cuando el cuerpo  
Abandonando al éter libre subas,  
Será la eternidad tu digno premio.

GENARO ALENDA.

## A LAURA.

Por tí, Laura hermosa, mis flores contaron  
Sus tristes pesáres, su inquieto dolor;  
Por tí sus brillantes colores mostraron;  
Por tí tambien ellas alegres cantaron  
Sus dichas de amor.

Hay flores humildes, altivas y bellas  
Con mantos de encaje y hermoso tisú,  
Si ciñes, oh Laura, tu frente con ellas,

Parecen coronas de blancas estrellas;  
Y el cielo eres tú.

Al ver tu megilla de castos colores,  
Al verte mas pura que pura es la flor,  
Te ofrezco en tributos y en prenda de amores  
Un libro modesto, con vida de flores  
Y ensueños de amor.

Si sientes, oh Laura, penoso desvelo,  
Inquietos pesares, tristeza y afán;  
Si el alma suspira de amargo recelo...  
Sus páginas abre, y en ellas consuelo  
Tus ojos verán.

¡Feliz y envidiable la flor cuya historia  
Merezca y consiga tu dulce favor!  
¡Dichoso si ocupo tu casta memoria!  
Pues son mis ensueños de nombre y de gloria  
Tu nombre y tu amor.

## MELANCOLIA.

Suspiro de los ángeles,  
Alma del alma mia,  
Incomprensible espíritu,  
Dulce melancolía,  
Amiga del dolor;

Sobre tus alas trémulas  
Lleva mi pensamiento:  
Dame á beber tus lágrimas....  
Se templará un momento  
La fiebre de mi amor.

José SELGAS.

## CARICATURAS LITERARIAS.

### ARTICULO 3.º

Ansia morir.... y en la enemiga lanza  
No halla piedad el triste trovador.  
(*Canciones populares.*)

Me gusta ver el cielo  
Con negros nubarrones  
Y oír los aquilones  
Horrisonos bramar.  
(*Espronceda.*)

Pavor! horror! dolor!  
Furor! y.... jota aragonesa.  
(*Yo.*)

Pobre Licio! No es ya Licio el dulce cantor  
del amor de las flores. Su tierna lira se ha que-

brado contra la negra roca del infortunio. La desgracia le arrancó del seno la felicidad, como arrebató el águila entre sus fieras garras la amorosa paloma á las caricias del pichon arrullador.

La muerte ha vertido en su corazón la copa de hiel y el dolor le rebosa en el pecho. ¡Cuán tristes y cuán solitarios vuelan los días sobre la cabeza de Licio!

«Pobre Celia mía! blanca azucena del valle de Arlanzon! la parca impía segó con ruda guadaña tu tallo gentil: viviste, viviste como ellas l'espace d'une matinée; una mañana tan solo. Adios, adios adorada Celia.... Para siempre adios.»

Así exclamaba el angustiado vate, los ojos bañados en lágrimas, puesto de hinojos ante la fría losa del sepulcro donde yacían las tristes cenizas de su amor perdido.

Celia ha muerto. Como el albor de la aurora desapareció su angelical hermosura. Vivió lo que viven las rosas, el espacio de una mañana. La noche del no ser tendió las alas sobre el alba corola de la azucena. Jamás la fragancia de su inocencia prestará á la brisa de la tarde perfumados vapores, Celia....

Pero olvidamos á Licio acordándonos de su malograda amante. No es justo. Ella vive en el cielo la vida de los dichosos; acordémonos del desgraciado que llora en este valle de amarguras. Volvamos la vista á Licio.

El llanto es el consuelo de los aflijidos. Nuestro protagonista se creía en demasía desventurado para que pudiese consolarse por largo tiempo. Además, en el rostro de un poeta romántico que ha leído á Byron y á Cadalso, á Víctor Hugo y á Espronceda, no sientan bien las perlas del sentimiento.

A poco de morir su amada, Licio cayó en la mas horrible desesperación: dejémosle que á solas se desespere. ¿Quién se atreverá á acompañarle en los parasismos de su delirio? Contentémonos con escucharle, que harto haremos con oír á un poeta en sus ratos de humor romántico.

Eran las doce de una noche tempestuosa. Tendido Licio en el lecho, descompuesto el cabello, fijos los ojos en el techo de su dormitorio y las manos crispadas, prorumpía con ronco acento de esta suerte:

#### UN RATO DE HUMOR ROMANTICO.

(Imitación de Espronceda.)

Me gusta en la noche oscura  
oír bramar la tormenta,  
el fragor del ronco trueno,  
cuando en la nube revienta

y entre rayos y centellas,  
el rugir los aquilones,  
en torrentes desgajarse  
los parduscos nubarrones:  
en aluvión impetuoso  
descender de las vertientes,  
arrasando los sembrados,  
rompiendo diques y puentes.

Pláceme los terremotos  
que conmueven las montañas  
y simas abren sin fondo  
de la tierra en las entrañas:  
que el fosfórico volcán  
de la punta de una peña  
sepulte con sus cenizas  
un pueblo que dichas sueña;  
que, al paso, la ardiente lava  
convierta en mustia y desierta,  
la campiña deliciosa,  
con flores antes cubierta.

Cuan bella es la opaca sombra  
de gótico monasterio,  
cual gigante proyectada  
sobre un triste cementerio,  
cuando la luna plateada  
alumbra el siniestro osario,  
y se oye de las campanas  
el redoble funerario.  
Feliz yo me encontraría  
reclinado en la huesera,  
contemplando con sonrisa  
las blanquizas calaveras.

¡Oh! que delicia es mirar  
dos falanges aguerridas,  
al tiempo de acometer  
por el terror sorprendidas,  
cerrar con rudo coraje  
al estruendo del cañón  
y divisar por do quiera  
polvo, sangre, confusión.  
En revuelto torbellino  
espirar sus paladines  
al batir de los tambores  
y sonar de los clarines.

Y después de la refriega  
oír me agrada á la madre  
cual llama al hijo querido,  
el hijo al amado padre;  
que á su acento plañidero  
responda un ¡ay! de despecho,  
el rechinar de los dientes,  
el estertor de su pecho.  
Miembros, cráneos machacados,  
desmelenadas cabezas,  
corazones palpitantes...  
¡oh! placer, cuántas bellezas!

¡Ay! que sublime es el mar,  
cuando las olas se agitan,  
encrespadas se levantan,  
se quiebran y precipitan.  
A lo lejos, de las olas  
sobre la nevada espuma  
balancearse una nave,  
como en el viento la pluma;  
ya elevarse hasta las nubes  
en brazos del elemento,  
ya en los abismos humildes  
sumergirse en el momento.

Del huracán al impulso  
chocar contra una montaña,  
crugir los palos, y el pino

hendirse, cual débil caña.  
 El piloto fatigado  
 á unos juncos agarrarse  
 y los juncos desprenderse,  
 cuando esperaba salvarse!  
 Cantando entonces alegre  
 de la mar en las orillas,  
 esperar los cuerpos muertos  
 y del barco las astillas.  
 Que es mi placer, mi alegría,  
 el rayo y la oscuridad,  
 el naufragio y el incendio,  
 la muerte y la tempestad.

LUIS DEL BARCO.

## NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

*Del calado á punto de tapiz, ó mas bien de lomillo.—(Continuacion.)*

58. Tómase mas ó menos hilo para ella, segun que quiere hacerse mas gruesa ó mas delgada; pero cuando ya está habituada la que la hace, no necesita contar los hilos, pues á ojo conoce los que son menester para que la segunda barreta salga igual á la primera. Si estas presillas se echan en muselina bordada á tambor, pueden admitir variedades muy agradables: por ejemplo, antes de sacar los hilos se bordará á punto de tambor entre las dos rayas que señalan la presilla, una fila ó carrera de *bodoquitos*, distantes unos de otros algunas líneas; y levantada la obra, se sacarán los hilos á derecha ó izquierda de la fila de bodoques hasta la raya del dibujo. En seguida se hace la presilla de A, segun se acostumbra á cada lado de la fila de bodoques, y no se hace cordon en ella, sea que lleve bodoques, sea que no los lleve.

Otras veces se dispone en cuadritos, en medio de los cuales se borda una flor, y hace muy buen efecto. Pero como las presillas se atraviesan en todos los ángulos del cuadro, y es necesario sacar hilos á lo largo sobre los hilos sacados ya á lo ancho, tienen que resultar necesariamente algunos vacíos, que es preciso llenar con hilos cruzados que los reemplacen, lo cual es bastante trabajoso: y por otra parte las presillas, por lo comun mal unidas en estos puntos en que se juntan, á pesar de todos los esfuerzos, rompen desagradablemente la série de las A A, y se rasgan al instante en dichos puntos.

Dicha presilla de A se ha sustituido; al presente, por la llamada á *la turca*, aunque no tan bonita, solo porque tiene la ventaja de prestarse á todas las direcciones.

59. Aun hay otra especie de presilla, ó mas bien de costura á calado, de la que nos servimos para unir dos tiras estrechas de percal ó de muselina, bordadas ó no, y se hace del modo siguiente: se cogen las dos tiras con sus dobladillos, y se colocan sobre el índice izquierdo, sosteniendo ambas debajo de los dedos pulgar y tercero de la misma mano, y se deja entre una y otra el espacio que comunmente hay entre las dos rayas de la presilla. Despues se principia metiendo la aguja enhebrada con hilo muy fino en el borde de la tira colocada á la izquierda; en seguida se pasa á clavarla del mismo modo en la tira de la derecha, alargando el punto, y luego se vuelve á pasar la aguja debajo del hilo de este punto muy cerca del borde y de modo que le abrace. Hecho esto se volverá á comenzar la misma operacion á la izquierda, y así sucesivamente.

*De los dobladillos de calado ó á vainica.*

60. Estos dobladillos, que no hace mucho que están en boga, y que son muy bonitos, se usan en los pañuelos de batista, en cuyas cuatro puntas ó esquinas se bordan flores anchas, en los cuellos y en las pañoletas, en suposicion de ir al hilo, porque hay que sacar hilos para dichos dobladillos. Y así cuando se quieren echar en objetos en que tienen que ir al sesgo, se les sustituye con presilla de escala, siendo en muselina ó gasa, porque dicha presilla, que tambien exige linea recta, y que con trabajo se presta á la direccion diagonal ó de sesgo sobre telas claras, de ningun modo podria practicarse en tela muy tupida. (Véase lo que acerca de dicha presilla de escala dejamos dicho en el párrafo del bordado al trapo). Obtiénese dejando detrás y sucesivamente un hilo sobre la derecha, y tomando igualmente un hilo de la izquierda. Deberá señalarse antes y por medio de dos rayas á una distancia conveniente para hacer el dobladillo, y luego que la presilla está concluida, se señala un dobladillo ancho al revés de la tela sobre que se ha hecho aquella, y se rebate á lo largo de la presilla, y por último, volviendo la tela al derecho, se coserá el borde de este dobladillo, haciendo un cordon á la presilla.

61. Pero volvamos ya á los dobladillos á vainica: primeramente se medirá el alto que ha de llevar el dobladillo que se quiere hacer al rededor del pañuelo, que deberá ser de cinco á seis líneas de ancho; luego se sacan de cinco á seis hilos por lo ancho de la tela, cuidando de no empezar á sacar estos hilos, sino á la misma medida del dobladillo al lado de cada orilla. De este modo se sacan los hilos

como al rededor del pañuelo, luego se señala el dobladillo, y se le vá cosiendo á la orilla del calado longitudinal producido por los hilos sacados. En seguida se enhebra una aguja delgada con hilo fino, y se clava no por la estremidad derecha de uno de los lados del pañuelo, sino de la izquierda; porque en lugar de trabajar de derecha á izquierda, como se hace en los demás dobladillos, en este se hace de izquierda á derecha, inclinando el ojo de la aguja hácia dicha mano. Luego se tomarán seis hilos en la raya, de los que se sacaron, y se hará un punto en el dobladillo para asegurarle junto á dicha raya, lo que dará dos hilos cruzados, que sostendrán los seis hilos.

#### *Entolado del encaje.*

62. Entendemos por *entolado del encaje* aquella costura con que se aumenta el ancho de los encajes ó tules de pico, esto es, la union de la orilla de un encaje con la de un tul. (Damos particularmente nombre de tul á una tira de encaje sin bordes ni picos que tiene una orilla á los dos lados.) La orilla de los encajes, segun he indicado arriba, se compone de un hilito transversal, y de un agujerito redondo que se suceden alternativamente. Así pues, se coserán con hilo muy fino las presillas de una orilla con las de otra, cogiendo ambas orillas.

63. La costura que sirve para unir y pegar dos encajes á lo largo no es mas difícil. Cuando haya que hacerla, se cogerán los dos puntos de encaje, y se colocarán de plano una sobre otra, sobreponiendo mas ó menos tela segun el ancho del encaje, á causa de que dicha costura tiene que hacerse al bies ó al sesgo, es decir, en la línea diagonal que atraviesa el encaje. Debe rebatirse esta costura ligeramente á fin de no esponerse á que se desgarre el punto diagonal del encaje que está debajo. Cuando estén ya los encajes tan bien ajustados que sus líneas diagonales respectivas se encuentren del todo paralelas ó correspondan perfectamente una á otra á igual distancia en todo su largo, se tomará una aguja enhebrada con hilo de encaje ó de Flandes; se la meterá en la union de las orillas; y teniendo los dos encajes sobre el índice izquierdo, entre el pulgar y el tercero, se cogerá á un tiempo la *barrita* de encima y la de abajo por la derecha en cada punto que formará la línea diagonal. Luego se pasará la aguja solamente debajo de estas dos barritas reunidas, aunque parezca que el hilo no las abraza, porque el punto siguiente asegura el hilo sobre ellas, acabando el punto anterior, y así sucesivamente. De este

OCTUBRE.

modo no se la percibe, pero si se quiere que tenga mayor solidez, aunque se vea mas, será preciso pasar dos veces la aguja en cada punto. Los dibujos que se encuentren al paso se coserán de la misma manera, á no ser que el punto deba abrazar todo el hilo laso, de que por lo comun están hechos estos dibujos. En fin se concluirá pasando el hilo algunas veces por medio del borde del encaje y por cima de la puntilla, y se asegurará volviéndola y revolviéndola sobre sí misma; el grueso del borde impedirá que se vea.

No resta ya mas, supuesto lo dicho; que el cortar con unas tijeritas muy finas los pedacitos de encaje que sobren por abajo y por encima, y si la costura está bien hecha, no se la podrá distinguir de la línea diagonal de los puntos.

#### *Del modo de componer los encajes.*

64. Cuando alguna malla ó punto salta, es comunmente por causa de un hilo que sigue la línea diagonal que entrelazaba. De lo cual se deducirá fácilmente que es necesario ó volver á unir este hilo ó reemplazarle. En su consecuencia, si ha saltado en medio del encaje, es menester partir desde la orilla, y seguir la línea en que ha saltado, haciendo sobre la barra del lado derecho de cada randa uno ó dos puntos para reunir dicha *barra* á la travilla transversal que el hilo desunió al saltar. Estos puntos se hacen sobre toda la línea diagonal, y aunque en el parage en que el hilo subsiste, por no haber otro punto de apoyo que la orilla y el borde. Cuando faltan las randas entre las flores del encaje por encima de estas mismas flores, no hay precision de hacer puntos sobre la línea diagonal hasta la *puntilla*, porque se puede *coger* y dejar en el hilo laso ó no torcido las flores sin que se eche de ver. Este es el método mas fácil de componer los encajes; pero cuando no solo faltan los dos hilos del punto, sino que tambien han desaparecido los otros dos hilos correspondientes, y además hay grandes agujeros en medio de los puntos, es necesario hacer otro, y en lugar de los agujeros seguir el encaje del modo siguiente:

65. Se observará muy bien primero cuál es la última línea en que estén intactos los puntos, línea que sirva de límite por la derecha al agujero ó rotura, y notando igualmente la que sigue, se la echará un hilo, esto es, se asegurará la punta de la hebra en el borde del encaje, dejándola algo floja y sin hacer ningun punto, todo á lo largo de la primera línea diagonal de puntos que se encuentra á la derecha á lo largo del agujero. Luego se asegura-

rá la aguja en la orilla, y se echará un hilo del mismo modo en el punto de la izquierda, cuya línea diagonal debe ir, atravesando el encaje, á encontrarse con la línea diagonal de la derecha, en donde se echó un primer hilo. De este modo se irá continuando hasta que toda la estension del agujero esté cubierta con hilos cruzados paralelos á las diagonales de los puntos, y continuando cada línea de red ó mallas (y los hilos cruzados que se encuentren en medio de ellas), se seguirán haciendo dos puntos, como dije en el primer método; de esta operacion resultarán nuevos puntos (1).

## LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

*Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*

**Contra Pereza Diligencia.**

### CUARTA PARTE.

(CONTINUACION.)

#### III.

LA PARTIDA.

"Adieu! adieu, my native shore  
Fades over the waters blue;  
The night-winds sigh, the breakers roar  
And shrieks the wild sea men.

CHILDE HAROLDS."

Colibrí remó con toda su fuerza algunos minutos, luego soltó el remo y se dejó llevar de la corriente que le empujó casi jugueteando hasta una pequeña playa ó embarcadero situado á poca distancia de Puerto Escondido.

Apenas puso el pié en tierra el guagiro, emprendió á correr como un gamo y se internó en un bosquecillo de plátanos y de cocoteros que parecia un pequeño paraíso.

En el centro de aquel pintoresco bosquecillo acariciado por las olas de la vecina costa, levantábase la rústica cabaña de José Andrés con su delicada red de bambúes, techo flotante

cubierto de anchas hojas de palmera, y preciosos jardinillos de flores adornados con arcos y glorietas de lianas y enredaderas.

Lejos de seguir la tradicional costumbre de los guagiros que mudan con frecuencia de domicilio, nuestro héroe habia pasado casi toda su vida en aquella humilde cabaña. Huérfano desde tierna edad, hijo como hemos dicho de un valiente de los mas renombrados de la comarca, José Andrés vió correr los dias de su hermosa juventud entre el canto, la música y su estudio favorito, sin intervenir para nada en las necesidades de la vida material.

Maria Francisca su nodriza, que nunca se habia separado de él, le servia de madre, de ama y de administradora de su independiente fortuna. Viuda hacia ya muchos años, no tenia en el mundo mas objeto que consagrarse al cuidado de aquel hijo querido, al que ella misma habia bautizado con el lindísimo nombre de Colibrí.

Convertido á los quince años en trovador de los campos, Colibrí apenas volvía á su nido mas que por la noche: Dueño de dos caballerías de tierra (1), su patrimonio daba de sí lo suficiente para que María Francisca buscase trabajadores emancipándose así el joven cantor hasta de las ligerísimas fatigas que exige en América el cultivo de los campos.

En una salita rodeada de arbustos aromáticos y macetas de flores se estendía una estera fina, fresco lecho en el que Colibrí descansaba dos ó tres horas lo mas, levantándose siempre antes de rayar el alba.

Sobre una mesita de pino blanco se veía una escribanía de porcelana con filetes de oro, en la que se alzaba una elegante pluma de marfil rematada por una delicada escultura india; una caja de papel inglés perfumado, y algunos cuadernos de música mezclados con los mejores romanceros de la edad media.

Sobre las paredes de la salita formadas de cañas atadas y cubiertas de yagua (2) se destacaban aquí y allí una guitarra, un tiple y un quitasol, interpolados con graciosos nidos que colgaban de los bambues.

Sobre la estera que le servia de lecho se bamboleaba un antiquísimo retrato grabado en madera del romántico trovador provenzal Arnould Vidal de Cartelnoury.

Por lo demás, Colibrí seguía en la parte romancesca la vida del guagiro; sin mas adorno que su vestido blanco, sus zapatos de tafilete

(1) Hácese el punto segun la clase de encaje, así que, se pasará la aguja dos veces en cada malla para el punto de Bruselas, cuatro para el de París, y seis para el inglés.

(1) Se dá en América el nombre de caballerías de tierra, á una estension determinada de terreno.

(2) Corteza de palmera.

y su sombrero de anchas alas, recorría los campos armado de su machete, su quitasol y su guitarra, delirando por las peleas de gallos, franqueando á brida suelta grandes distancias sobre su arrogante caballo, y entonando himnos á la libertad, á la que los monteros rinden un culto tan constante como apasionado.

Maria Francisca, que vivía de la vida de su hijo, y que espiaba su sueño con un interés verdaderamente maternal, empezó á notar que Colibrí comía menos que de costumbre, que su sueño interrumpido por frecuentes pesadillas no recuperaba sus fuerzas, y que las mejillas del cantor palidecían consumidas por algun sentimiento para ella desconocido.

¡Ay! los corazones amantes adivinan las penas mas ocultas, y María Francisca echó á llorar amargamente al adivinar que el amor era á no dudarlo la causa de aquel repentino cambio en la salud y en el carácter de su hijo querido.

En vano le interrogó la pobre nodriza con las lágrimas en los ojos, en vano llamó á su corazon prodigándole los nombres mas tiernos; Colibrí la rechazó suavemente y se encerró en un silencio que quebrantó doblemente el corazon de María Francisca.

Desde el momento en que amaba á otra mujer parecia haber olvidado á su pobre madre.

—¡Ay! ¿quién será la guagiritita que me ha robado el corazon de mi niño? murmuraba la pobre mujer cruzando las manos con desesperacion.

Buscó, inquirió, todo fué en vano; Maria Francisca no pudo descubrir rastro alguno de recientes amoríos. El Colibrí salía como siempre antes del alba, tomaba su piragua, desembarcaba no lejos de su cabaña, cerca de un lindísimo jardín donde se formaban todos los dias los preciosos *bouquets* que iban á venderse á la Habana, y desde allí enderezaba la proa á Puerto-Escondido, donde dejaba su ofrenda y volvía cantando á su cabaña.

La pobre mujer le veía salir y volver solo, sin caballo, sin guitarra para cantar las décimas á su querida, y se esforzaba en vano en aclarar aquel misterio.

El resultado fué que la nodriza, celosa como todas las madres, concluyó por aborrecer á todas las guagiras que no llegasen á treinta años.

Creyó y no sin razon que Ascanio, que tenía en los bosques su cabaña de cimarron, podría decirle algo acerca del dolor que aquejaba á su hijo, y se dirigió á él llena de esperanza.

Ascanio, que le amaba de corazon y que era el único confidente de su poético amor, se en-

cogió de hombros, y Maria Francisca se retiró indignada, jurando aborrecer al mulato tanto como á las guagiras de veinte años.

Despechada, herida en su amor propio de nodriza, Maria Francisca se hizo regañona insufrible y pasaba los dias y las noches llorando y maldiciendo.

Cuando José Andrés, quebrantado por su poética despedida entró de nuevo en la cabaña, sus ojos estraviados, su semblante pálido y descompuesto asustaron á la guagira, que se levantó precipitadamente á su encuentro exclamando:

—¡Niño, niño!

Colibrí estrechó en silencio las manos de su nodriza, y corrió á encerrarse en la salita, negándose á todas las cariñosas súplicas que aquella le dirigía para que abriese la puerta, que habia asegurado con una varilla de hierro.

Solo ya, Colibrí dirigió una mirada tristísima á los objetos que le rodeaban y empezó á colocar sus libros y sus cuadernos de música en un saco de lienzo.

Luego besó la estera, la escribanía, la mesita de pino y hasta los nidos que colgaban de los bambues. A cada beso las lágrimas asomaban á sus dulces ojos con mayor fuerza y al fin rompió á llorar.

Aquel llanto era profundo, amargo, desconsolador; era ese llanto que todos hemos vertido al abandonar los hogares donde corrieron los plácidos dias de la primera juventud, donde cada flor, cada piedra encierra un recuerdo; un dolor, una esperanza; recuerdos y dolores que son la esencia de la vida.

Colibrí alcanzó el retrato de Arnould y le colocó cuidadosamente en una bolsa de cuero que se echó á la espalda, despues tomó su guitarra y su quitasol y salió.

Maria Francisca estaba pegada á la puerta como una largartija y tenía los ojos hinchados de llorar. Apenas vió á su hijo, se lanzó á su cuello con los brazos abiertos como si presintiese que le veía por última vez.

Aquel fué el momento de prueba para Colibrí. Como apenas habia conocido á su madre, profesaba á la guagira un cariño casi maternal; la idea de abandonar aquella pobre nodriza le partía el corazon.

Temiendo que su emocion le vendiese hizo un esfuerzo sobre sí mismo y tranquilizó á María Francisca, asegurándola que su melancolía desaparecía por momentos, y que iba á pasar en la cabaña de Ascanio diez ó doce dias para recobrar por completo la salud y la alegría.

—Sí, sí, yo iré contigo, dijo la nodriza son-

riendo al través de sus lágrimas y disponiéndose á partir con él.

—¡Imposible, mamita!... hoy debo cantar á medio día en Marianao, luego Ascanio que quiere que le acompañe á caballo á las sábanas de Guanacayo... ¿qué se yo?... ¡pobre caballo mío! ¡Adios, mamita, adios.

José Andrés sacó de la cabaña abierta que le servia de caballeriza su arrogante caballo negro como la noche, cuyas bridas estaban adornadas de lazos y flecos de color de púrpura; colocó la guitarra y el quitasol detrás de la silla, se sujetó al cuello el morralillo de cuero con el retrato de Arnould-Vidal, y saltando ligeramente sobre su corcel dió un silbido y desapareció entre los plátanos y cocoteros del bosquecillo.

El caballo volaba; el guagiro volvió un momento los ojos llenos de lágrimas para ver por la última vez á la nodriza que permanecía inmóvil á la puerta de la cabaña, exhaló un suspiro profundo y desgarrador, y continuó su viaje con la velocidad del rayo.

A las pocas horas uno de los cimarrones de Ascanio, vino á recoger el saco de lienzo que encerraba los libros y la escribanía de porcelana con su preciosa pluma india.

—¡Pobre niño! murmuraba María Francisca colocando el precioso fardo sobre las espaldas del negro; ¡no sabe vivir sin sus libros y sus plumas! ¡Guagirito de mi corazón!

A la misma hora en que María Francisca volvía á entrar en su solitaria cabaña sin adivinar que acababa de perder á su hijo querido, llegaba Palmerolles al ingenio de Chateau-fort, espoleado por la idea de los multiplicados negocios que se habian aglomerado en aquel día.

Cuando llegó á su lujoso despacho estaba cubierto de sudor como un calenturiento.

Aquella horrible pesadilla que habia arrancado á sus tostados párpados una lágrima de desesperacion se reproducía á cada momento en su imaginacion bajo las formas mas horribles.

Creyendo disipar aquella oscura nube que cegaba sus ojos, Palmerolles tomó un rico cigarro habano de regalía, cuyo perfume pareció devolverle por un momento la energía que necesitaba para deslindar en aquel día todo un océano de guarismos.

Animado por aquella saludable reaccion, hizo llamar á la Bonmarché para que fuese aprobando las cuentas, pues el honrado cajero, cediendo á ese vivo presentimiento que llamamos vulgarmente "*Corazonada*" tenia un in-

terés inesplicable en concluir en aquel día el gran balance anual del ingenio.

Magdalena ocupó una magnífica butaca de otro lado del bufete frente por frente de Palmerolles.

Al poco rato le pareció notar que el cajero balbuceaba y que repetía maquinalmente la suma que acababa de hacer. En efecto, Palmerolles habia vuelto á sentir aquella cruel pesadilla con tal violencia que su cerebro empezó á turbarse y su lengua balbuceaba los guarismos sin comprenderlos.

Un ardor extraño hacia circular su sangre que hervía en las venas como un torrente de lava; sus nervios iban tomando una rigidez dolorosa que le oprimió como una fuerte ligadura; sus huesos se estremecían y sus pies cruzados debajo del bufete, clavados, entumecidos, le pesaban como si fuesen de plomo.

Magdalena vió aquel semblante que se descomponia, vió aquella lengua que se trababa, y levantándose de repente y asustada tiró bruscamente del cordón de la campanilla.

Palmerolles exhaló un grito agudo, horrible, desesperado que heló de espanto á Magdalena; un grito que reasumía todos los dolores, todas las miserias humanas.

La triste pesadilla acababa de convertirse en una terrible realidad.

El infeliz cajero acababa de quedar parálitico de piés y manos; su lengua entorpecida pudo apenas murmurar con un doloroso gemido

—Mi hija! mi hija!

Afligida por la mas honda pena que habia herido hasta entonces su joven corazón, Laura encerrada en su gabinete pintaba con afán, y las lágrimas que brotaban de sus hermosos ojos iban á secarse en el lienzo, obligándola con frecuencia á suspender su tarea, pues aquel llanto copioso y ardiente quemaba sus párpados y velaba su pupila con una espesa nube.

Ay! ¡cuán poco se cuidaba la doncella de su propio dolor! Tenía el corazón traspasado, y sin embargo, todo su pensamiento estaba en Colibrí! Colibrí! el guagiro! el montero! el párra! el que tanto la amaba y no podía ser su esposo! Laura inclinó dulcemente sobre el caballete su fatigada cabeza, soltó el pincel y cayó en una meditacion profunda, en la que su imaginacion romanesca se elevaba hasta ver á Colibrí eclipsando con sus poemas las lindísimas orientales de Lalla Rook.

Aquella idea hizo asomar á los purpurinos labios de la criolla una dulce sonrisa, sus ojos brillaron en las órbitas como dos centellas, y ya estendía de nuevo el pincel sobre el lienzo,

cuando un grito desconsolador repetido por los esclavos vino á helar su sonrisa y á disipar todas las ilusiones de su ardiente cerebro.

Al reconocer en aquel grito de dolor la voz de su madre, Laura salvó de un vuelo la escalera y llegó al patio en el momento en que dos criados de Chateau-fort bajaban de la volanta al infeliz Palmerolles, que al divisar á su hija murmuró una imprecacion y se dejó caer desplomado en brazos de los que le conducian.

La señora de Palmerolles lloraba sin consuelo cruzando las manos con la espresion del dolor mas amargo.

Laura asustada, fuera de sí, se arrojó al cuello de su padre cubriendo su rostro de besos y de lágrimas.

El cajero no podia oirla.

Aquel hombre fuerte, duro, empedernido, capaz de sufrir sin quejas todos los dolores, habia desfallecido ante la idea de que su hija se veria precisada á ganar el pan con el sudor de su rostro.

—Dios mio! exclamó Laura cayendo de rodillas al pié del lecho de su padre; padre toda la fuerza que necesito!

Luego volviéndose hácia su madre que lloraba á la cabecera del enfermo:

—¿Dónde está vuestra fe, madre mia? le preguntó con acento de dulce reconvenccion.

La madre la estrechó fuertemente contra su corazon, dejando correr sus lágrimas sobre sus negros y rizados cabellos.

Palmerolles abrió entonces los ojos.

—Padre mio! exclamó Laura besando sus manos frias por la parálisis: ¡á vos la vida, la alegría, el descanso.... á mí el trabajo, el trabajo que es mi mayor delicia, la esencia de mi vida!.... Oh! bendito sea Dios que me ha hecho fuerte para protegeros contra el infortunio!

Palmerolles hizo un esfuerzo y sus brazos se enlazaron al cuello de su hija, permaneciendo largo tiempo en silencio.

#### IV.

DE COMO ASCANIO NO HABIA OLVIDADO EL CAMINO DE CHATEAU-FORT.

Marion! why that pensive brow?  
What disgust to life hast thou?  
This not love disturbs thy rest,  
Love's a stranger to thy breast.

*Lord Byron.*

Durante los primeros dias de la enfermedad de Palmerolles, Magdalena envió dos veces por dia á saber el estado del enfermo; luego se contentó con enviar una sola vez, y por último, cuando el médico del ingenio declaró que la en-

fermedad era casi incurable ó que se pasarían tal vez muchos años antes que el cajero pudiese volver á encargarse de los negocios, la Bonmarché le envió á su casa un mezquino socorro, y se decidió á encargar á la Habana un nuevo cajero-administrador, humilde, complaciente, íntegro, callado, y que consintiese en sujetarse á todos sus caprichos.

En cuanto á Silvina, como le importaba muy poco el giro que tomasen los negocios, preguntó alguna que otra vez por el enfermo, y se contentó con repetir maquinalmente:

—Pobre Laura!

Encargada desde luego de la mas amarga de las tareas, la de buscar el pan de cada dia, fácil es adivinar que la pobre jóven tenia tiempo apenas para descansar algunas horas.

Es verdad que merced á una economía de las mas perseverantes y al socorro de Magdalena, aun conservaba la señora de Palmerolles fondos para sostenerse algunos dias: pero debia Laura esperar á que los fondos se concluyesen? ¿Debía esperar á que su buena madre sacase á luz los históricos pendientes de diamantes que habia llevado el dia de su boda, para reducirlos á dinero?

No; la buena hija, la jóven inteligente, la activa por escelencia estaba en el caso de emplear toda la fuerza con que Dios habia dotado su alma generosa, y de aceptar el cáliz que su amargo destino le ofrecia.

Orgullosa por su origen y por su incomparable fuerza de voluntad, Laura sentia sin embargo flaquear su valor al pensar en la empresa que se veia forzada á llevar á cabo.

Enseñar por caridad, verse rodeada por los pobres seres á quienes dispensaba tan grande beneficio, era una de las mas puras satisfacciones que Dios le habia concedido sobre la tierra. Pero enseñar por necesidad, verse obligada á soportar las necedades ó el idiotismo de discípulos casi siempre opulentos y descuidados, tener que adular el amor propio de las madres, halagar su vanidad, doblegarse á sus caprichos porque son ellas las que pagan, y mendigar como un favor el penoso trabajo de agotar las fuerzas ilustrando inteligencias en general poco aventajadas, oh! esa idea hacia estremecer á Laura que juzgándose con exagerada severidad, no se creia dotada de toda la virtud necesaria para tamaña empresa.

Laura creia en Dios con esa fe ciega de los corazones tiernos y apasionados, y buscó en él, como fuente de todo bien, la energía y desprendimiento que necesitaba; Dios oyó su oracion, y la jóven criolla salió al azar sin saber adonde encaminaria sus pasos, pero segura de

que la providencia divina iluminaria su vacilante espíritu.

Medio tendida en su volanta y guiada por su antiguo y fiel criado, Laura se hizo conducir á casa de uno de los plantadores mas opulentos de las cercanías, segura de que aquel poderoso no podria menos de confiarla, siquiera por compasion, la educacion musical de sus dos hijas, jóvenes tan hermosas como ignorantes.

Laura no se habia engañado; la excelente reputacion de Palmerolles, su imprevista desgracia y la triste posicion á que habia quedado reducido, no podian menos de interesar á todo plantador que conociese á fondo la integridad de aquel administrador sin rival, que habia fomentado mas que otro alguno, la fabulosa riqueza de Chateau-fort.

Las dos jóvenes señoritas de Landí quedaron desde aquel dia bajo la direccion de Laura; y la pobre jóven en medio de su desdicha habia utilizado el primer tiro.

¡Pero á qué precio, Dios mio!

Las que en otro tiempo la habian recibido como amiga, las que habian estrechado su mano con efusion, escudadas ahora con la mas glacial etiqueta, no habian proferido una sola frase que recordara sus relaciones pasadas. Laura habia dejado de ser la jóven criolla de Palmerolles; era una pobre mujer que no tenia ya derecho mas que á la cantidad estipulada, con la que la sociedad le hacia el favor de no dejarla morir de hambre. Laura era institutriz.

Cuando nuestra jóven salió de casa de Landí su rostro pálido y descompuesto revelaba un dolor tan cruel, que el esclavo detuvo instintivamente la volanta.

—A dónde, mi ama? preguntó con un acento cascado ya que revelaba un acendrado cariño.

—A Chateau-fort, respondió Laura con voz apenas perceptible.

No en vano habia tenido Laura miedo de su debilidad. Fuerte para soportar un trabajo incesante, no tenia sin embargo valor para sufrir una segunda prueba como la de casa de Landí. Al subir aquella escalera que otras veces habia subido con noble desembarazo, estaba trémula, confusa, avergonzada; su lengua se entorpeció, sus mejillas se cubrieron de rubor, y al querer ofrecer sus servicios á la señora de Landí como institutriz, no hallando palabras para expresar lo que sentia, rompió á llorar amargamente.

Aquel llanto que caia gota á gota de lo mas hondo del corazon obtuvo de la señora de Lan-

dí una compasion grosera que hirió mas y mas la dignidad de la jóven catalana.

No atreviéndose, como hemos dicho, á sufrir una segunda prueba sin desfallecer, Laura se decidió á dirigirse á Magdalena, confiada en que no la negaria su proteccion en tan críticos momentos.

A la verdad, ¿cómo podia la Bonmarché negar á Laura algunas cartas de recomendacion que contribuirían á ocupar su tiempo y á alejarla mas y mas de Chateau-fort?

Oh! el mundo, la sociedad hubiera encontrado muy cruel semejante negativa, y Magdalena se cuidaba tal vez demasiado de salvar las apariencias.

Por otra parte, ningun motivo de odio alimentaba contra aquella niña inteligente que tan bien habia sabido aprovecharse de sus lecciones. Ciertamente es que la virtud de Laura la humillaba á sus propios ojos; pero Magdalena se hubiera dejado morir antes que manifestar su inferioridad, y por lo mismo lo que mas podia apetecer era verla en cierto modo separada de la residencia de Chateau-fort.

La enfermedad de Palmerolles y la peticion de Laura habian venido á realizar los secretos deseos de la sagaz francesa.

Era en verdad Magdalena una mujer muy afortunada. Al tiempo que satisfacía su ruina envidia evitando tristes comparaciones, la nueva institutriz debia quedarle profundamente reconocida.

Es imposible describir todo el afecto, el estremado cariño con que la Bonmarché se prestó á coadyuvar á los planes de Laura. La pobre niña que apenas se atrevia á formular su súplica, quedó agradablemente sorprendida al encontrar en Magdalena su afectuosa maestra de otros dias, y cediendo á un sentimiento de cariño largo tiempo reprimido, la sensible Laura se arrojó á su cuello derramando dulces lágrimas de reconocimiento y murmurando con efusion:

—Oh bienhechora mia!

La Bonmarché no pudo menos de sentirse conmovida al percibir aquellas lágrimas ardientes que humedecian su mejilla, y bien fuese efecto de aquella emocion pasajera, bien impulsada por su deseo de alejarla, dió á Laura tan brillantes recomendaciones, que la activa jóven se vió muy pronto encargada de la educacion de las principales señoritas de las cercanías.

Incansable para el trabajo, ambiciosa para su infeliz padre, al que prodigaba los mas tiernos cuidados, Laura dormia poco. Enseñaba el francés, el inglés, el italiano, la música y la pintura. Oh! la pintura en su acepcion mas

bella, porque entre todos los demás géneros sobresalía en el difícil arte de hacer retratos.

Mas á pesar de que sus discípulas pertenecían á las clases mas acomodadas y poderosas, las utilidades que de esto reportaba no recompensaban en manera alguna su ímprobo trabajo. La casa que sin duda alguna se conducía con mas prodigalidad era la del duque de Marianao, á cuya única y orgullosa hija daba nuestra heroína lecciones de piano.

Todo lo que habia conseguido era que sus padres pasasen la vida sin grandes privaciones, propiamente lo que llamamos *ir pasando*.

Pero volvamos un momento la vista á la residencia de Chateau-fort.

En las primeras horas de la noche Magdalena sola en su gabinete escribía con afán una carta al parecer importante; la habitacion de la Bonmarché era como en otro tiempo la mas hermosa de la residencia, y cuyas grandes y rasgadas ventanas daban al jardín.

De repente oyóse un ruido extraño y cauteloso en una de las rejas. Magdalena estaba completamente sola; pero aquel ruido que hubiera helado la sangre del difunto propietario, solo hizo asomar á las mejillas de la institutriz un débil sonrosado que ninguna alarma revelaba.

Ligera como una liebre levantóse precipitadamente á correr el cerrojo de la puerta que habia ya cerrado con llave.

Luego se volvió á su butaca dejando de escribir y fijando sus ojos en la dorada reja que acababa de abrirse.

Ascanio apareció en el antepecho trayendo en la mano izquierda una escala de cuerda y en la derecha un precioso baston de estoque.

Su hermoso y moreno rostro tenia una expresion de cinismo y soberbia á la vez, que inspiró á la sutil y amaestrada Magdalena una viva y punzante inquietud.

—No os esperaba, le dijo, apoyando los codos en la mesa y bajando los ojos ante la mirada soberana del mulato: hoy.... no es jueves, ni lunes.

Ascanio arrojó sobre un divan su sombrero de jipijapa y se tendió con desenfado en un pequeño sofá colocado enfrente del bufete.

Sus dulces y ardientes ojos enviaron á Magdalena una mirada que la tranquilizó.

—Decia que no os esperaba, volvió á repetir la francesa procurando en vano interpretar aquel silencio.

—No sois franca, Magdalena, dijo al fin Ascanio con un tono semi-irónico que asustó á la institutriz: con vuestra clara inteligencia habreis adivinado que aquí pasa algo extraordinario.... inesperado al menos, y no os habeis

engañado á fé..... os traigo una visita.

—Una visita! exclamó Magdalena levantándose con sobresalto y ruborizándose al encontrarse sola con el mulato; y dónde está?

—Chit! murmuró Ascanio sonriendo; calma, querida mia, calma; mi amigo es una persona de toda mi confianza.... no os alarmeis por Dios; de toda mi confianza.... y tal vez de la vuestra.

Magdalena empezó á temblar. Aquel hombre galante y feroz á la vez, aquel hombre que desde la muerte de Chateau-fort se le habia aparecido como un fantasma, dominando su voluntad, dirigiendo secretamente todas sus acciones, aquel hombre que tanto la amaba, nunca le habia parecido tan amenazador como en el momento en que le repetía con la sonrisa en los labios „Calma! calma!“

—De mi confianza! repetía Magdalena perdiéndose en un mar de conjeturas á cual mas absurda.

—Os he dicho que os calmeis querida mia... Como dueña que sois de la residencia, habiais decidido pedir á la Habana un administrador, y he querido ahorraros esa molestia con una dulce sorpresa.

—No os comprendo... esplicaos por favor, dijo Magdalena maquinalmente.

—El cajero está ahí; respondió Ascanio señalando á la ventana que habia dejado abierta.

—¿Cómo ahí? interrumpió Magdalena con ansiedad.

—¡Eh! incrédula os habeis tornado á fé mia.. ¡Mr. de Salvandy! murmuró Ascanio llamando en voz baja desde la ventana y arrojando por ella la escala... ¡subid pronto!

—Ahora Maria Fleurette, añadió volviéndose á la asustada Magdalena, os recomiendo vuestro antiguo amigo... pero vivid alerta;... el fénix renace de sus cenizas.... que las de vuestros recuerdos duerman para siempre en el olvido. ¡Ay de vos y de los que se olvidan de que yo soy el dueño de la residencia!

Magdalena estaba aterrada. Ascanio se habia ido enterando paulatinamente de todas las cuentas que ella por miedo ó por debilidad no se habia atrevido á rehusarle. El, que sabia abrir las rejas, los pupitres y los libros de caja; él, que á su voluntad la humillaba y dominaba como á una máquina, se alzaba ahora como un dueño absoluto de aquella pingüe fortuna imponiéndole un cajero que no seria probablemente mas que un espía.

¡Oh! cuánto lamentaba en aquel momento la falta del infortunado y dócil Felipe de Chateau-fort!

¿Pero á qué el sarcasmo de Maria Fleurette, mezclado con tan terribles amenazas?

Apenas Magdalena había tenido tiempo para rehacerse del espanto que le habían producido las últimas palabras de Ascanio, cuando se encontró frente á frente con un jóven rubio, elegante y de maneras bastante distinguidas que se descubrió inclinándose hasta el suelo para saludarla.

Magdalena se hizo atrás apoyándose en la butaca para no caer.

—Mr. de Salvandy! dijo Ascanio presentándole con solemnidad.

—¡Ah vos! ¡sois vos! exclamó al fin la pobre mujer temblando de pies á cabeza... seais... bien venido.

—Bien, muy bien, dijo Ascanio mirándola de hito en hito... Si hubiéseis sido capaz de negar á nuestros amigos como San Pedro negó á su maestro, os aseguro que todos lo hubiéramos pasado mal.

—Caballero Salvandy! añadió volviéndose al recién venido, la hora no es la mas á propósito para una recepcion... retirémonos;... mañana tendreis el honor de presentaros á la Sra. y tomareis posesion de vuestro destino:... no olvideis que debeis permanecer aquí todo el dia. En cuanto á vuestra habitacion, se halla dispuesta para recibirlos á una hora de Chateau-fort.

Adios, querida mia; añadió tendiendo su mano á Magdalena, que la estrechó sin alzar los ojos... adios... hasta mañana.

—¡Hasta mañana! repitió involuntariamente la Bonmarché.

—Si, hasta mañana... no puedo pasar dos dias lejos de vos.

—A vuestras órdenes, dijo Salvandy despidiéndose con una exageradísima cortesía; á vuestras órdenes Sra. Maria...

—Magdalena de Bonmarché; dijo Ascanio apresurándose á concluir la frase y frunciendo ligeramente el ceño.

Magdalena nada dijo porque su lengua anudada por la cólera y la vergüenza á la vez, había perdido toda su accion, pero respondió á la exagerada despedida de Salvandy con otra cortesía de las mas ceremoniosas.

Sacando fuerzas de flaqueza y comprendiendo en un segundo toda la intriga que se acababa de poner en juego, acompañó hasta la reja á los nocturnos visitantes, y en tanto que Salvandy bajaba el primero por la misteriosa escala, estrechó de nuevo la mano de Ascanio, murmurando con emocion...

—¡Hasta mañana!

Ascanio bajó la escala conmovido, pesaroso por las frases que acababa de dirigirla y mas enamorado que nunca.

Casi estaba ya celoso de Salvandy.

Magdalena cerró la ventana, rasgó la carta que estaba escribiendo á su corresponsal de la Habana, y apoyó la frente sobre el bufete dudando si la escena que acababa de pasar era una realidad, ó un delirio de su imaginacion acalorada.

¡Cuánto escarnio! ¡Cuánto cinismo! ¡Cuánta vergüenza en las manifestaciones de Ascanio.

¿Y Salvandy?... ¡Oh! Magdalena hubo menester de toda su fuerza de espíritu para no volverse loca.

Pero ya lo hemos dicho antes, aquella hija del vicio, aquel camaleon femenino, acababa de comprender su verdadera posicion, bien critica por cierto, y la abrazó con el mismo valor que había abrazado las anteriores.

—¡Ah! ¡Sr. Ascanio! murmuró levantando de nuevo su pequeña cabeza... me habeis humillado, me habeis ultrajado... os habeis proclamado vos mismo dueño de la residencia... ¡ah! ¡ah! no sabeis vos todavía quien es Maria Fleurette! Y prorumpió con una irónica é insolente carcajada.

En aquel momento se oyó á lo lejos el ruido de algunos pasos por la galería.

Magdalena tiró del cordon de la campanilla.

Maria de Jesus acudió al momento, venia precisamente en busca de Magdalena para tomar el té.

—¡Pobre niña mia! exclamó Magdalena al entrar por el salon, cuánto la habré hecho esperar! ¡Pero cómo ha de ser! si yo no hubiese dado orden para que no se me interrumpa cómo irian todos los negocios de la casa!

—¡Eh! no hablemos de negocios, interrumpió Silvina con abandono; que nos sirvan el té y cantad un poco.

Las esclavas sirvieron el té en una linda mesita maqueada, en tanto que Magdalena tarareaba una cavatina de "I Lombardi," y Maria de Jesus agitaba sobre la cabeza de su jóven ama un lindísimo abanico de plumas.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## COSTUMBRES DE ANDALUCIA.

PELAR LA PAVA Y COBRAR EL PISO.

Si en este siglo de vapor y de electricidad, de seguros y de papel-moneda, hay todavía algun pais en Europa que tenga derecho á llamarse el pais de la poesia y del amor, es sin duda la rica, la fértil, la deliciosa Andalucía,

vergel eterno, donde la naturaleza ha derramado con mano pródiga todos sus encantos.

Allí todavía el enamorado galán hace escuchar sus ardientes suspiros al pie de la reja de su dama; allí todavía hay misteriosos trovadores que cantan su ardiente y sencillo amor al compás de una vihuela, en una calle solitaria y en las altas horas de la noche; allí, en fin, se conservan aun con toda su pureza virginal las caballerescas tradiciones, las poéticas costumbres de aquellos tiempos en que los hombres acometían empresas heroicas por su Dios, por su rey y por su dama.

Es eso cierto? preguntarán con asombro los que no hayan visitado aquel país.

Eso no es posible, dirán otros con la sonrisa de la incredulidad en los labios.

Eso es pintar como querer, exclamarán por último aquellos que creen conocer la Andalucía, porque han empleado algun tiempo en recorrer sus principales ciudades, sin fijar su atención en otra cosa que en la Alhambra, donde vaga todavía la augusta sombra del desgraciado Boabdil, en el Alcázar y la Giralda de Sevilla y en la gran mezquita de Córdoba.

En cuanto á las costumbres, muy poco ó nada habrán podido comprender los que hayan querido estudiarlas fuera de ese círculo que se llama *pueblo*, y que es el que en todas partes conserva por hábitos, por tradicion y hasta por orgullo el carácter especial que de los otros le distingue.

El que quiera conocer verdaderamente la Andalucía en todo lo que tiene de poético y de romántico, que no lo busque en las grandes poblaciones, donde las costumbres han perdido ya su primitiva pureza, ni en los altos círculos de la sociedad, que la moderna civilización ha hecho ya semejantes en toda Europa; ni aun en la clase media que en alas de la libertad tiende á nivelarse con sus antiguos dominadores; el pueblo y solo el pueblo es el que conserva sus tipos, especialmente en las poblaciones poco importantes, donde los intereses de la vida agitada y artificial no han llegado aun á ejercer sino una pequeña parte de su influencia.

El mundo *fashionable* de Inglaterra, la sociedad *comme il faut* de la Francia y los *elegantes* de nuestro país, tienen exactamente el mismo uniforme, el mismo extravagante sombrero, el mismo incomprensible frac, la misma incómoda corbata; y en cuanto á ellas, la misma crinolina ó miriñaque, mueble de maldición con que la mujer trata al parecer de condenar al hombre á la inmovilidad, haciendo un monopolio del espacio.

En cambio el pueblo se conserva tenazmen-

te adherido á sus antiguos trages; y sobre todo el pueblo andaluz, cuyo buen sentido le advierte lo mucho que ha de perder en el cambio.

La *jembra crua* de la España meridional no abandonará por un ojo de la cara su airosa mantilla, su corpiño gallardo y su corto guardapiés, que para todo sirve menos para guardar lo que indica su nombre.

El *majo* andaluz conserva todavía una especie de veneración religiosa por su sombrerillo, que afecta hasta cierto punto la forma del morisco turbante; viste con orgullo su lujosa chaquetilla bordada de seda y adornada de numerosos botones de plata ú oro: rodea con placer á su cintura su vistosa faja de encendidos colores; luce bajo el ceñido pantalon de punto, que descende hasta la rodilla, sus gallardas formas, y agita al andar sobre su blanco botín de cuero primorosamente bordado las elegantes borlas y lujosos caireles que completan el adorno de su pintoresco traje.

Músico y trovador por instinto, caballeresco y romántico por tradicion y por temperamento, el pueblo andaluz espresa sus alegrías y sus pesares en sentidas endechas, habla en hiperboles, es entusiasta por todo lo que es grande y heroico, y cree con una candidez infantil todo género de maravillas.

Entre otros pueblos, el amor no es mas que un episodio, mas ó menos importante de la vida; el corazón una víscera que ejerce tranquilamente sus funciones, y la conveniencia ó el cálculo son las que dirigen el sentimiento.

En Andalucía, por el contrario, el corazón es el móvil de todas las acciones buenas ó malas; porque allí el sentimiento es una pasión, el amor es el ídola, y un deber y un placer el sacrificio.

Desde la edad mas temprana se siente allí la necesidad de amar y ser amado, de confundir en una sola dos existencias, de completar en fin esa entidad misteriosa formada de dos seres, que es el hombre, en la acepción verdadera que el Creador ha dado á esta sublime palabra.

Sin duda contribuyen poderosamente á esta precocidad todos los objetos que constantemente, y de una manera tan agradable, hieren allí los sentidos.

Todas las estaciones tienen allí un especial encanto: el invierno, poco rigoroso, tiene sus días templados y serenos en que el sol, al través de una atmósfera pura y diáfana, esparce su tibio calor y difunde sus rayos, como una inmensa lámpara suspendida de los cielos; el otoño tiene sus tardes melancólicas y gratas, como el suspiro de la hermosura que llora; el

estío tiene sus noches de poesía indefinible, tranquilas como la superficie de los lagos, perfumadas como el aliento de una mujer querida, risueñas y brillantes como las primeras ilusiones; la primavera, en fin, esa estación dichosa del placer y del amor, en que la naturaleza vestida de gala ostenta por todas partes su mágica y voluptuosa sonrisa, sembrando los campos de olorosas flores, embalsamando el ambiente con sus purísimos aromas, despertando los ecos con los dulces y no estudiados cantares de los pintados y alegres pajarillos; la primavera allí se complace en tener fija su morada, descubriéndose en las demás estaciones del año por algunas modestas florecillas.

El que ha pasado una primavera en Andalucía no puede olvidarla jamás.

Aquellos bosques de naranjos y limoneros con su delicioso azahar; aquellos inmensos olivares cubiertos de abundante esquilmo, con su espléndido manto de microscópicas flores blandamente agitadas por la brisa; aquellos campos de aromáticos arbustos estendidos como una verde alfombra salpicada de variados y agradables matices por la modesta flor del tomillo, del romero y del cantueso, de la rosada ó amarilla jara, del blanco y morado lirio y la brillante amapola; y por último aquellos vallados y aquellos nítidos arroyuelos, en cuya margen estiende sus esquivas ramas el blanco espinoso entrelazado con el rosalsilvestre y la florida zarzamora, todo aquello forma un conjunto, una atmósfera, un ambiente, una luz, un calor, una vida que turba los sentidos, que inflama el corazón y que predispone desde la más tierna juventud al mas puro, al mas inefable de los sentimientos.

Esta es, pues, la fuente del amor, uno de los polos sobre que giran todas las acciones de aquel pueblo.

El otro polo es el honor, engendrado por las costumbres, sostenido por las tradiciones.

En ninguna parte han dejado los bellos libros de caballería, aniquilados por el *Ingenioso Hidalgo manchego*, una huella tan profunda como en aquel país, entusiasta por todo lo maravilloso; y á pesar del titánico esfuerzo del Manco de Lepanto, todavía se leen allí, y aun quizá se leerán siempre con gusto y con interés el *Amadís de Gaula* y las demás obras del mismo género.

En vano se ha pretendido sustituir esta lectura con modernas historias, mejor ó peor trazadas, pero siempre mas verosímiles; *Bernardo del Carpio*, *Rosaura la del guante*, *Flores y Blancaflor*, *los doce Pares de Francia* y otros mil romances sacados de los libros de caballería, son siempre los predilectos entre aquellas

gentes sencillas y de ardiente corazón, á quien nada admira, á quien nada seduce sino aquello que está en armonía con su imaginación volcánica y novelesca.

Hendir de un tajo á un descomunal gigante, arrancar de las garras de una fiera á una hermosa joven desvalida, sostener un combate contra fuerzas centuplicadas, arriesgar mil veces la existencia por la mujer que se adora, penetrar en palacios encantados, donde á cada instante surge un nuevo peligro y una inesperada maravilla; hé aquí lo que entretiene y recrea y entusiasma á los sencillos moradores de la España meridional, á quienes, no la falta de inteligencia, sino el exceso de imaginación arrastra de continuo á las regiones del mundo ideal, por inverosímil, por absurdo que sea el camino, si se les lleva en alas de la pasión y del sentimiento.

Este entusiasmo bien dirigido ha dado á la España infinidad de héroes que, desde la restauración gótica hasta la guerra de la independencia, se han sacrificado por su religión, por su rey y por su patria.

Este entusiasmo mal dirigido ha poblado las cárceles y los patíbulos de infortunados criminales.

No hace muchos años que en algunos pueblos de Andalucía era imposible atravesar las calles á ciertas horas de la noche, sin encontrar en alguna de ellas un galán, improvisado aventurero que por complacer á su dama, que le contemplaba desde la reja, se os plantaba delante con el cigarro en la boca y la mano en la cintura, intimándoles el orden de volver atrás, porque tal era su capricho, con esta frase: "Por aquí no se pasa."

Y esto era tan frecuente y cosa tan admitida entre ciertos enamorados, que la costumbre sin duda dió origen á la siguiente copla, que mas de una vez he oído cantar al son de la guitarra:

¡Cuánto vale un cuerpo bueno  
puesto en una boca-calle,  
con el cigarro en la boca:  
por aquí no pasa nadie!

Esta especie de parodia, ó mejor dicho, imitación de *El paso honroso*, solía producir desafíos y muertes; porque así como habia enamorados galanes que querian rendir á su dama el extraño tributo de no dejar pasar á nadie por su puerta, así tambien habia otros que se hacian un deber de rendir á la suya el homenaje de la humillación de aquel atrevido aventurero.

Existe allí todavía una costumbre muy ori-

ginal, costumbre que recuerda los tiempos de la antigua caballería, y que los jóvenes de ambos sexos no abandonarán sino con disgusto, y es la de *pelar la pava*.

Esta frase, cuya etimología me ha sido imposible averiguar hasta ahora, significa las sabrosas pláticas de amor sostenidas entre una pareja enamorada, casi siempre en las altas horas de la noche, al través de una reja y sin mas testigos que los astros que alumbran el firmamento, inclusa la luna, que por lo regular suele ser considerada como un testigo enojoso.

El *pelar la pava* en Andalucía tiene tantos encantos ó mas aun que la primavera; y yo, que mas de una vez he rendido culto á tan poética costumbre, confieso que nada hay mas seductor que una joven hermosa que con la sonrisa en los labios, el oído atento, el andar cauteloso y el pecho anhelante de amor y de esperanza baja á la reja á daros un testimonio de su ternura, en una flor colocada todo el día sobre su seno.

Por regla general siempre me han parecido hermosas las mujeres, y mas hermosas aun, sin duda por un exceso de amor propio, aquellas que han tenido la habilidad de hacerme creer que me amaban; pero nunca he encontrado tan seductora á una hija de Eva como cuando he contemplado su rostro semivelado por las misteriosas sombras de la noche, á la indecisa luz de las estrellas ó al rojo y fugaz resplandor de la lumbre de mi cigarro.

Yo no sé por qué en esos deliciosos momentos he encontrado en su voz mas dulce armonía, mas fuego en su mirada, mas ternura en su corazón, mas elocuencia en sus frases, mas poesía en sus formas y hasta mas fragancia en su aliento.

Si las mujeres supieran cómo se multiplican sus atractivos al través de una reja y en la grata oscuridad de la noche, por todas partes se extendería la costumbre de *pelar la pava* al estilo de Andalucía, y en pocos años se haría el amor en las orillas del Ganges, del Vístula, del Volga, del Támesis y del Sena, del mismo modo que se hace hoy en las márgenes del Guadalquivir, del Guadalete ó del Darro.

*Pelar la pava!* hé aquí la frase sencilla, humilde, grotesca quizás, que encierra las mas gratas ilusiones de la juventud andaluza.

El estudiante sobre sus libros, el artesano en su taller, el labrador tras de su arado, como la señorita en su salón, en su trabajo la obrera y en su cocina la sirvienta, todos pronuncian esas tres mágicas palabras con la emoción mas profunda, todos aguardan la ho-

ra feliz de acudir á la reja con el alma llena de ilusiones, con el corazón lleno de esperanzas.

Pero este grato paréntesis de la vida, estos sabrosos momentos de dulce solaz,

„Horas de confianza y de delicias,  
De abandono y de amor....“

y algunas veces del consonante que usa Espronceda en su feliz octava, suelen tener sus desagradables interrupciones y aun desgraciadas consecuencias.

El galán que se pone á *pelar la pava* está espuesto á que le *cobren el piso*.

Esta frase técnica y peculiar del vocabulario amoroso de Andalucía necesita su explicación, y vamos á darla.

*Cobrar el piso* no es otra cosa que someter al amante á una dura prueba delante de su dama, prueba de la cual no hay otra salida que la humillación ó el heroísmo.

Cuando el enamorado mancebo está mas entretenido en sus dulces pláticas de amor, suele hallarse de pronto rodeado de tres ó cuatro individuos embozados en sus capas hasta los ojos que, acercándose á él, le exigen con las palabras mas corteses que deje el puesto y vaya á obsequiarlos, ó que se disponga á sostener con ellos una pendencia.

Si el novio es pusilánime y tiene en mas la integridad de su pellejo que la fama de hombre valeroso, opta por el primer miembro de la fatal disyuntiva, saca su bolsa, da á los embozados para que beban á su salud alegremente, y abre el camino para que la escena se repita con mas frecuencia de lo que él deseara. Entonces los interruptores se retiran, y el amante devora en silencio su derrota, que casi siempre lleva en pos de sí la indiferencia ó el desprecio de la dama.

Mas si por el contrario, que es lo que sucede con mas frecuencia, el galán es hombre de corazón, ó la presencia de la mujer que ama le presta energía para resistir, entonces las armas dirimen la contienda, y vencido ó vencedor no vuelve jamás á ser molestado, sirviendo aquella especie de bautismo de seguridad para en adelante, y de gloriosa aureola con que se presenta orgulloso al pie de la reja.

Los amantes mas favorecidos por la fortuna que por el valor, suelen preparar un simulacro de esta prueba, en que sus fingidos enemigos huyen y le ceden el campo; pero los cómplices de la farsa exigen con frecuencia su repetición, y al fin la verdad se descubre, y el héroe por fuerza queda en lugar mas ridículo aun á los ojos de su amada, y no se libra por eso

de sufrir la prueba en toda su forma.

Esta costumbre, que en otro tiempo ha acarreado muchas desgracias á la juventud, se halla hoy bastante modificada, y la prueba no suele ser hoy tan dura como lo era hace algunos años. Sin embargo, el que se arriesga á *pelar la pava* puede estar seguro de que mas ó menos tarde se presentarán á *cobrarle el piso*.

La única diferencia que hay de antaño á ogaño, es que hoy el dinero pesa mas que el valor hasta en la balanza del corazon femenino, y el amante puede estar seguro de no recibir *calabazas*, si á falta de otras pruebas tiene en su favor las de su fortuna.

JOSE MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

## EL CABALLERO JOLYOTTE.

### (CONCLUSION.)

Por lo demás ya veia que la causa de Luisa estaba ganada.

—Quiero, dijo la baronesa, que haya un recuerdo mio entre los regalos de la novia; así que se celebren los desposorios la traereis á casa.

—Ah! repuso Estéban besando la mano de la baronesa; por vos me arrojaría al fuego.

Esta conversacion llena de reticencias acabó de dar al jóven la mas alta opinion de la habilidad y de la perspicacia de Aglae.

Andrés de Sorgues, á quien encontró en el portal y que le acompañó un buen rato, le anunció que estaba admitido oficialmente para hacer la corte á Aglae.

No sabia cómo se habia efectuado tal revolucion; pero el resultado no podia ser mejor para sus esperanzas.

La víspera Aglae le habia dicho con la serenidad que no le abandonaba nunca, que debia presentarse en casa de la baronesa y arrojarse á sus piés para pedir su mano. Habia acentuado mucho el verbo *arrojar* para hacerle comprender bien que no era una figura de retórica.

Andrés, una vez de rodillas, debia dar á entender que su vida seria la mas dichosa del mundo si pudiera pasar al lado de la baronesa con una mujer idolatrada.

Andrés habia tomado la costumbre de someter su voluntad á la de Aglae que le parecia una persona muy sensata. Sin replicar, y como un soldado que marcha al asalto á la voz

de su capitan, entró resuelto en el gabinete de la baronesa.

La accion de arrojarse á sus piés le cortó un poquillo, pues un filósofo no está acostumbrado á demostraciones de esa especie, pero á las primeras palabras le cortó la baronesa y le dijo:

—No digais mas.... os comprendo.

Cuando Andrés dejó la plaza ya tenia licencia para presentarse todos los dias en la casa. Esto es lo que queria, de modo que no quiso informarse sobre los antecedentes.

Estéban pasó la noche en casa de la baronesa y notó que Aglae no pudo menos de sonreirse al verle. Se inclinó hácia ella y le dijo con alegría:

—Os saludo, señorita Maquiavelo.

Aglae cruzó sus manos sobre su bordado.

—Habria deseado no merecer ese nombre, dijo la jóven con un sentimiento de tristeza; me prometo que si algun dia soy la señora de Sorgues, serán mi ley la franqueza y la rectitud. No tenia abierto el camino real y he tomado por los senderos de atajo....

Entonces contó á Estéban cómo de resultas de la conversacion que ellos habian tenido, encontrándose sola una noche con la baronesa, habia sacado á relucir el nombre de Andrés, presentando con destreza el amor que la tenia como una cosa de rechazo; insinuó que á su parecer la atencion del jóven se fijaba en otra parte en la casa.

—Me habla de vos en términos tan lisonjeros, tan bien sentidos, dijo al concluir, que si fuérais mi hermana creo que nunca habria pensado en mí; pero segun el carácter que en él descubro, ese hombre es capaz de hacer lo que el perro de la fábula, seguir la sombra toda su vida. Pasará su vida á mi lado, pero su imaginacion le llevará á otra parte.

La baronesa dijo que aquello era una locura, y se echó á reir de tales palabras; pero una hora despues sonsentia en ver á Mr. de Sorgues si por casualidad queria hablar con ella.

—Pues justamente ha pedido permiso para eso, dijo Aglae terminando su confesion.

El corto discurso que sirvió para Andrés fué empleado igualmente con ligeras modificaciones en provecho de Estéban con el mismo éxito.

Le representaron no ya como un pájaro que vuelve á su nido, figura que sirvió en otro tiempo, sino como un ciervo que huye del rincon de tierra donde una flecha le hirió cruelmente.

A esta imágen el corazon de la baronesa se ablandó de súbito. El honor del pabellon quedaba salvo, y Estéban podia casarse con Luisa sin hacer traicion.

Estéban extrañó no ver al caballero en casa de la baronesa donde habia prometido que iria. Se recordará que el caballero habia resuelto volver á casa de Luisa, y su intencion era en efecto la de presentarse dentro de poco. Estéban le esperó inútilmente por la noche.

Al volver á su casa oyó los pasos de su tío que andaba por el cuarto con una agitacion que le pareció de mal agüero. Empujó la puerta y le vió con el rostro trastornado.

El caballero se detuvo.

—Con que ha sido un lazo! exclamó; conozco quien es Luisa; no se llama Durand, sino Delarue.

El caballero apenas podia hablar porque le sofocaba la ira.

Estéban se guardó muy bien de interrumpirle, y comprendió en fin lo que habia pasado.

Cuando el caballero volvió á casa de Luisa, segun la promesa que le habia hecho, se encontró á la puerta del jardin con un anciano, cuyo rostro alumbraba perfectamente un farol, en tanto que él se hallaba envuelto en la sombra.

El anciano preguntó con una voz que habria reconocido entre mil si su hija estaba en casa. Una aparicion no habria producido un efecto mas terrible en el caballero. Sin voz y con la sangre helada en las venas, se arrimó á la pared para dejar pasar á M. Delarue, y una vez fuera del jardin, se metió en un coche para volver á casa.

Estéban conoció que habia llegado el momento de la esplicacion definitiva.

—¿Y qué importa, dijo mirando á su tío frente á frente, qué importa el apellido de Luisa?

El caballero respondió con violencia:

—Importa que no quiero que me tomen por un tío de comedia á quien engañan todos.... Veo claro en tu pensamiento.... Estás con ellos contra mí...! ¿Ignorabas tú quién era Luisa cuando viniste á verme?

—No por cierto, respondió Estéban.

—Entonces es una leccion que quieres darme, y has de saber que no la acepto. He hecho por ese diablo de hombre cuanto debia hacer; no tengo yo la culpa de que Gervasio lo haya rechazado todo.... En fin, se concluyó la historia; mañana me vuelvo á mi casa, y no volverás á oír hablar del caballero Jolyotte.

—Como gusteis.

Aquí se cortó la conversacion.

El caballero se encerró en su aposento, y á la otra mañana Estéban supo por su criado que durante la noche el caballero habia mandado llevar sus baules á una fonda donde se habia retirado.

Estéban logró saber cual era esta fonda; se presentó y no fué recibido.

El caballero dió parte con una esquela á la baronesa de su viaje próximo.

Estéban corrió á casa de la duquesita y no le ocultó nada de lo que habia pasado. Luisa comprendió toda la gravedad del asunto.

—¿Qué haremos si el caballero no vuelve aquí? preguntó Estéban.

—¿Qué haremos si el caballero no vuelve aquí? preguntó Estéban!

—Conozco á mi padre, dijo, es un hombre inflexible. En un arrebato de ternura quizás aceptaria por yerno un hombre sin el consentimiento de su familia; pero al sobrino del caballero Jolyotte, nunca... Por nada en el mundo querria que se pudiese creer que habia habido un cálculo por nuestra parte.

—¿Y vos? preguntó Estéban.

—¡Oh! yo os pertenezco... decidid á mi padre, yo estoy bien decidida.

Estéban esperó á que volviese el viejo profesor y se fué á su cuarto, y le dijo:

—M. Durand, voy á confesaros que amo á vuestra hija y que ella me autoriza para deciroslo; sin ella nunca podré ser dichoso... Pero el nombre de La Rochepont que llevo yo, no es mi apellido verdadero... es el nombre de un dominio... Me llamo Fougerot, y es mi tutor el caballero Jolyotte.

M. Durand tembló como un azogado.

—¡Ah! exclamó; ¡es una gran desgracia!...

Y tendió su mano á Estéban.

Esa confesion aumenta el afecto que os profeso, repuso, pero debemos separarnos.

Luisa hizo un movimiento.

¡Lloras! dijo; ¡ah! es el último golpe.

Luisa se volvió hácia Estéban con los ojos bañados en lágrimas:

—Adios, dijo, llevaos mi corazon y dejadme.

Y cayó sin fuerzas sobre una silla.

—Si tanta pena te causa, exclamó el viejo profesor, espera un poco... ya soy viejo y el dolor me tiene aniquilado...

Luisa de un brinco se arrojó en sus brazos.

—¡Ah! si vuestra vida debiera menguar de una hora por causa de este amor, renunciaria para siempre á la felicidad, dijo ella.

Y sin soltar el cuello de su padre que habia enlazado con sus brazos, añadió mirando á Estéban:

—Estoy decidida: seré siempre vuestra amiga, vuestra hermana... vuestra mujer jamás.

Estéban salió medio loco. Un rayo habia reducido á cenizas su felicidad.

—Y sin embargo, ¡la ha visto! repetia incesantemente.

No obstante, la idea de separarse de Luisa

no se presentó una sola vez á su espíritu. Ignoraba aun por cuales medios alcanzaria la mano de la jóven, pero sí sabia que ninguna fuerza humana le haria renunciar á ella.

De nuevo se presentó en la fonda de su tío; el caballero no estaba.

Le esperó algun tiempo en la calle, pero no pareció; Estéban se volvió á su casa desesperado.

El otro dia era un sábado. Por la tarde M. Durand, que no habia dormido la noche anterior, se preparaba para la triste comida en la que faltaba siempre el convidado.

Se puso su hermoso frac negro, y Luisa se engalanó con su único vestido de seda.

Sentados uno en frente de otro en la sala se miraban apenas sin atreverse á desplegar los labios.

Estéban impelido por una fuerza irresistible subió á verlos; su presencia inesperada les hizo estremecer á entrambos.

—¡Ah! murmuró el viejo profesor; ¡no será él el que venga!

Y tendiendo la mano á su discípulo le hizo sentar en un sillón á su lado. Por la puerta abierta se veia á la criada poniendo la mesa y colocando las tres sillas.

—Sois desgraciado, amigo mio, dijo M. Durand dirigiéndose á Estéban; mi hija sufre tambien... Sin embargo, mi conciencia me dice que he obrado como debia. Daria mi sangre por ella, pero no puedo darla una parte de mi honra.

—No os acuso, respondió Estéban, pero conozco que nada en el mundo, ni vos, ni el caballero Jolyotte, sofocará mi amor; he jurado que Luisa será mi mujer, y lo será... no me preguntéis cómo, porque no lo sé; me basta creer en ello y afirmarlo.

Habia un acento de fuerza y de verdad tan marcado en estas palabras que Luisa, por un movimiento súbito, puso su mano en la de Estéban.

—¡Dios es bueno! exclamó.

Dieron las seis. Esta era la hora en que se pasaba al comedor. El viejo profesor clavó los ojos en la puerta.

—¡Oh! no vendrá, repuso.

Y un sentimiento de punzante amargura se pintó en su rostro.

—¡Y está aquí!... añadió con fuerza... hace bien en no venir, ese mal corazón... esta vez yo no le recibiria... y entonces se habria acabado todo.

Y se cubrió el rostro con ambas manos.

En las convulsiones de su pecho se veia que un sollozo le sofocaba. Estéban y Luisa

contenian su respiracion, y no se atrevian á mirarle.

La criada entró en la sala.

—La comida está dispuesta, dijo.

—¡Ya! murmuró el viejo.

Cuando los tres se levantaron se oyó un campanillazo en la puerta exterior.

La criada abrió, un hombre entró; y M. Durand se puso pálido como un cadáver.

—Gervasio, dijo el caballero Jolyotte descubriéndose; vengo á comer contigo.

El viejo profesor lanzó un grito y cayó en sus brazos.

—Ah! exclamó cuando pudo hablar; un minuto paga diez años de sufrimientos!

Y luego cambiando de tono y volviendo su rostro inundado de lágrimas hácia su hija:

—Y bien... tenia yo razon? bien sabia que debia volver!...

Su emocion era tan violenta que Luisa vió estaba á punto de caer al suelo; entonces corrió á él espantada.

—La felicidad no mata hija mia... pero abrázale pues.

El caballero apenas respiraba.

—Dios mio! dijo estrechando á Luisa sobre su corazón; te amaba ya... qué será ahora?

La criada que lo veia todo y que en su turbacion rompía los platos, se enjugaba sus ojos con la punta de su delantal.

—Ajustemos cuentas, repuso el caballero cuando se hubieron calmado un poco: la mitad de lo que tengo te pertenece.

—Oh! no; contestó M. Durand, no me debes nada.

—Me he conducido como un hombre sin corazón.

—Te asistia el derecho... yo hice la tontería, yo debia pagarla.

—Silencio! ¿no era yo tu socio? ¿no era todo comun en la casa?

—Pero no era una razon para que soportaras las consecuencias de mi torpeza.

El caballero insistió, y M. Durand se mantuvo firme; el uno queria pagar, el otro no queria recibir un cuarto.

Los papeles se habian cambiado; y ambos se irritaban.

El caballero decia que lo que hizo era injusto; M. Durand afirmaba que su conducta habia sido la de un hombre orgulloso.

Estaban ya á punto de enfadarse cuando Luisa intervino, y dijo al caballero:

—Mi querido padrino, cuánto teneis?

—Un millon largo.

—Y vos, padre mio?

—Nada.

—Ambos os engañais. Teneis dos hijos, abrazadlos.

—Hablas como Salomon, exclamó el caballero.

Y luego con una voz fuerte y estrechando en sus brazos á Estéban y á Luisa, dijo á la criada:

—Sírvenos la comida.

AMADEO ACHARD.

## REVISTA DE MADRID.

MES DE SETIEMBRE.

SUMARIO.—Entrada de SS. MM. y AA.—Las ferias.—Los miriñaques en Madrid.—Una historia triste.—Teatros.—Desgracia de los tenores.—Muerte de Allú.—El cometa.—Las españolas y los mariscales de Francia.—Exposicion de Bellas Artes.—Todavía Bosco.—Censura de novelas.—Cuentos de color de rosa.

El día 21, al anochecer, entraron en Madrid SS. MM. y AA. RR.

Todas las casas de la carrera se hallaban iluminadas, y la luna, que estaba en toda su plenitud y hermosura, despidió las nubes que durante el día habian encapotado el cielo, para venir á alumbrar, como un hermoso fanal, la entrada de nuestros reyes en la capital de España.

La carrera estaba cubierta de tropa y los rayos del astro de la noche iban á quebrarse en las lucientes armas de los soldados, produciendo el mas hermoso efecto y haciendo con las luces de los balcones el mas delicioso contraste.

SS. MM. y AA. salieron del Escorial á las tres de la tarde y llegaron dos horas y media después á la Real Casa de Campo, situada en las afueras de la corte, habiéndose detenido antes para recibir las felicitaciones del Ayuntamiento de Madrid que con el corregidor á la cabeza salió á su encuentro hasta el confin de su jurisdiccion municipal, y para saludar al Presidente del Consejo de Ministros que salió tambien á recibir á nuestros soberanos.

Ya en la casa de campo, los reyes cambiaron de trage y recibieron á los ministros: desde allí SS. MM. se dirigieron por la Ronda al templo de Atocha, donde se cantó por la Capilla Real una solemne *Salve* y *Te-Deum* que oyeron los reyes de rodillas.

Entretanto era extraordinaria la concurrencia que llenaba las calles por donde SS. MM.

habian de pasar para ir á palacio: á las seis y media dejó á Atocha la real familia, y en el momento retumbó el cañon y se echaron á vuelo todas las campanas.

La comitiva marchaba en el orden siguiente: cuatro batidores de caballería: dos oficiales de estado mayor y otros dos de caballería: los correos de palacio; la carretela descubierta en que iban los reyes y sus hijos, y á cuya derecha é izquierda cabalgaban el capitán general y el gobernador militar de Madrid: una gruesa escolta de caballería, y hasta siete coches con las personas de la servidumbre de SS. MM. y AA.

La reina y su hija llevaban trages blancos de finísima tarlatana, de doble falda, cuerpo bajo y mangas cortas: S. M. lucía una preciosa mantilla blanca: S. A. un bonito sombrero redondo de paja de arroz.

El príncipe reia en los brazos de su nueva nodriza, pues ya sabreis que en Asturias hubo necesidad de cambiarla por faltar la leche á la que le amamantaba.

En el orden que dejo dicho, la comitiva real subió por la calle de Atocha, atravesó la plaza Mayor, las Platerías y la calle Mayor, y entró en el patio de palacio por el gran arco de la Armería.

Los ministros de S. M., que habian estado tambien en Atocha, se encontraban en palacio á la entrada de los reyes en su cámara: esperaban tambien á SS. MM. el cuerpo diplomático con el Nuncio de Su Santidad á la cabeza, y todos oyeron de los augustos labios de nuestros reyes la inmensa satisfaccion con que volvian á encontrarse en el seno de su capital, despues de haber recogido en las provincias tantos testimonios de respeto y entusiasmo.

La entrada de SS. MM. favoreció algun tanto los puestos de la feria que ha sido trasladada este año al paseo de Atocha, arrancando un gemido á los que pensaban vender, un suspiro de gratitud á los que tenian que comprar, un reniego á los *pollos* que se disponian á seducir, un ¡ay! de desesperacion á las *pollas* que soñaban ser seducidas, y un ¡voto! á los *leones*, mas temidos por las lenguas que por las garras, que, apostados en las puertas del café suizo, se prometian, como otros años, adornar los oidos de las bellas, que pasearian por la calle de Alcalá, con mas flores, que hubiese en los puestos inmediatos.

En la noche del 21 se veian muchos de ellos ocupados á pesar de ser el primer día de la feria, y los niños se detenian estasiados ante los cajones llenos de juguetes, las tiendas de campaña adornadas de dulces y botellas de licores, y los moros que venden dátiles con sus

balandranes azules y sus turbantes blancos.

Junto á una silla que yo ocupé se habían sentado algunas personas, entre las cuales sobresalían como rosas tres ó cuatro pollitas.

—Ay! Qué fastidio! Haber traído aquí la feria!... exclamaba una: está tan lejos que vendrá poquísima gente; y luego como está el tiempo lluvioso y aquí no hay casas donde guarecerse, como en la calle de Alcalá, no puede una vestirse de miedo de perder cuanto se ponga.

—Pues yo prefiero que la hayan traído aquí por mas que tenga que privarme de ver á mis amigos, repuso otra muy fea; aquí al menos no me echan á perder el miriñaque que es lo que mas quiero en el mundo... ya veis, llevo uno de viento, dos de acero, dos enaguas de crinolina y cuatro almidonadas.

—Por eso vas tan poco hueca, contestó la tercera.

—Pues qué llevas tú?

—Yo, además de todo lo que tú, llevo dos jaulas con aros de madera.

Entonces miré á aquella jóven y quedé asombrada al ver su volúmen: figuraos una cara linda y pequeñita, un talle delgado, y después un globo mayor que el de que se servía Mr. Buslay para hacer sus ascensiones.

Los comerciantes que abriesen en la feria puestos de miriñaques anunciando venderlos con alguna rebaja se harían de oro.

Sus cajones estarían muy concurridos á pesar de la distancia.

Hasta las niñas que apenas pueden hablar, piden un miriñaque al preguntarlas sus madres qué desean que se las compre.

Como para probar que el dolor está constantemente junto á la alegría, un suceso ocurrido en estos últimos días da á conocer de un modo tan triste como patente la influencia que tiene en la mujer su buena ó mala educación, y ha venido á dar á las madres una lección terrible.

Una jóven de muy graciosa figura, la señorita L.... quedó huérfana de padre y madre, y en poder de un hermano soltero á la edad de diez y ocho años.

Como he dicho, la jóven poseía una linda figura, cuya cualidad sabía ella muy bien, pues su madre, pobre mujer de cortos alcances, se lo había hecho entender desde muy temprano, educándola con tanto mimo y condescendencia que traspasaba los límites de la prudencia.

Al morir la madre, el dolor de la señorita L.... no fué muy vehemente: los hijos ni respetan ni aman mucho á los autores de sus días cuando estos descienden de su altura: además,

la señorita L.... quedaba bajo la autoridad de su hermano, excelente jóven que la dejaba hacer en todo.

De repente concibió este el pensamiento de marcharse á ultramar y lo participó á la señorita L.... quien, ansiosa de mas libertad, lo aplaudió muy de veras.

Ella tan amante del lujo, de las comodidades, tan enemiga de toda clase de ocupaciones, tan mimada y acariciada siempre, iba á quedar aun con menos trabas, con menos sujeciones!... tanta dicha la parecía un sueño.

Aceleró, pues, cuanto le fué posible los preparativos del viaje, pensando con delicia en que ya podría comer sin sujetarse á determinadas horas y solo cuando se la antojase; en que recibiría cómo y á quien quisiera, y en que su hermano á quien creía muy sobrado de recursos, la dejaría dinero en abundancia para satisfacer todos sus caprichos.

Mecida en tan halagüeñas esperanzas la encontró el día de la partida: su hermano la hizo levantar á una hora razonable, cosa que en su vida había podido conseguir y á cuya exigencia accedió pensando que era la última contrariedad que tenía que sufrir.

En seguida se vistió con elegancia y se fué con su hermano á casa de unos amigos de sus padres, á cuyo cuidado debía quedar encomendada.

La vista de estas gentes, que eran dos ancianos esposos, la disgustó sobremanera; pero disimuló su enojo y agüardó con impaciencia los primeros días que siguieron á la partida de su hermano.

Cada uno que pasaba, no obstante, advertían los dueños de la casa que la señorita L.... estaba mas violenta y disgustada: levantábase esta muy tarde, no quería peinarse ni asearse, quedando todo el día en el estado de inacción mas completa; y lejos de entregarse á alguna ocupación útil, gastaba el tiempo paseándose por su cuarto en ademan desesperado.

Era que la desgraciada jóven había visto hundirse una á una todas sus esperanzas de libertad, de lujo y de placeres: los dos esposos eran humildes y morigerados; el marido acudía á la oficina para ganar la subsistencia de su familia, y su mujer pasaba el día en su casa cosiendo, bordando y cuidando del órden doméstico, como hace toda mujer de razón.

Una noche oyeron ruido en el cuarto de la señorita L.... y entró en él la dueña de la casa; buscó en la alcoba y estaba desierta; encendió luz y un grito de horror se escapó de sus labios, llegando á tiempo de poder asir por los piés á la infeliz jóven que iba á tirarse por

la ventana, y que ya tenia casi todo el cuerpo fuera.

Desde aquel dia la vigilaron con extremo, y gracias á tanto cuidado se logró evitar otras dos veces que se suicidase con un cuchillo.

Pero la última vez que la libraron de cometer tan horrible crimen, advirtieron en ella todos los síntomas de una furiosa demencia, y asustados la encerraron en un cuarto, donde con las mayores precauciones la servian la comida; é inmediatamente resolvieron escribir á otro hermano de esta desgraciada, casado y residente en Barcelona.

Poco tardó este en contestar suplicando que le enviasen á su hermana sin perder tiempo, y encargando que la acompañara una persona de su confianza; pero la demencia de aquella pobre criatura habia llegado á su colmo, y no hubo mas remedio que conducirla á la estacion del ferro-carril metida en un saco y sin mas que la cabeza fuera para que pudiese respirar.

Mas al entrar en un coche de primera clase, al ver espejos, butacas, muebles de lujo en fin, pareció reanimarse; se dilató su fisonomía y exclamó dando un suspiro de consuelo:

—Aquí.... aquí estoy bien!.... si hubiera vivido aquí siempre.... no me hubiera vuelto local!....

Un instante despues partió el tren que conducia á aquella desgraciada, víctima de una mala educacion.

Qué será de ella? Si su hermano estuviese en una posicion brillante recobraría el juicio quizá; pero hay quien dice que no es así, y es probable que muera víctima de su desesperacion, ó que no recobre el juicio jamás, lo cual es mas triste que la muerte.

Pero así como antes os dije que el dolor está siempre junto al placer, voy á haceros ver ahora que de la tristeza á la alegría no hay tampoco mas que un paso.

Los teatros están preparando novedades tales y tantas, que bastarán para que Madrid olvide todas sus penas, y enjague todas sus lágrimas, al menos momentáneamente.

El Teatro Real tiene ya toda su compañía, y los periódicos anuncian que se cantará el *Guillermo Tell*, el mas bello florón de la corona de Rossini.

Jovellanos se inauguró con *Beltran el Aventurero*, música del Sr. Oudrid y letra del Sr. Camprodon: su éxito fué mediano, pues hubo que suprimir el aria de salida de tenor por las escasas facultades del Sr. Azula, de quien el público está con razon poco satisfecho.

Se ha estrenado despues *La Embajadora*, linda opereta de Auber, cuyo libro ha sido

OCTUBRE.

arreglado por el Sr. Segovia: la Sra. Santa María lució en esta obra sus bellas facultades; pero hubo instantes en que la vimos muy fatigada: esta zarzuela, á pesar de su preciosa música, muy superior á las fuerzas de los que se encargaron de interpretarla, puede decirse que debe su salvacion á una lindísima decoracion del tercer acto, en la cual aparece en el proskenio otro teatro, con público, orquesta y actores.

Por último se ha estrenado con buen éxito una zarzuela en un acto del Sr. Frontaura, titulada *Céfiro y Flora*.

El Circo se inauguró con el drama arreglado del francés y no representado hacia veinte años, *El ambicioso ó la dimision de un ministro*: en él hizo su primera salida la señorita Doña Clotilde Mateos, alumna del Conservatorio ajustada por el Sr. Romea; pero el papel que desempeñó era tan corto y el drama tan soporífero, que el público, fastidiado hasta lo sumo, no pudo juzgar á la actriz ni estimar sus buenas dotes.

Novedades se ha abierto con *Sancho García* sorprendiendo en él el Sr. Delgado, que es verdaderamente el único actor de porvenir.

Se me olvidaba deciros que Teodora ha sido contratada de nuevo por Romea: los periódicos han asegurado que con 16.000 reales cada mes y la condicion de trabajar en cada uno doce noches solamente, debiendo la empresa abonarla 20 duros por cada vez que además de las doce dichas, tómasen parte en alguna funcion; pero despues han rectificado diciendo que se habia escriturado por el mismo sueldo que antes tenia, concretándose sus exigencias pura y esclusivamente á la parte artística.

Lo cierto es que la empresa del Circo está de enhorabuena con el ajuste de la eminente actriz.

No sucede otro tanto á la de la zarzuela que está de luto: esta empresa tiene que lamentar en primer lugar la muerte del compositor y profesor de piano del Real Conservatorio, D. Martin Sanchez Allú; jóven modesto y de talento que figuraba ya entre los maestros de verdadero porvenir. *Fra-Diavolo* que fué su mejor zarzuela, infundió á los amantes de la música grandes y legítimas esperanzas. Para la presente temporada tenia preparada una zarzuela que creo veremos muy pronto en escena: titúlase la *Dama blanca* y es una deliciosa tradicion escocesa que ha inspirado una de sus mas lindas novelas al célebre Walter Scott, y una de sus mejores producciones dramáticas al fecundo Eujenio Scribe.

La plaza que ha dejado vacante en el Real Conservatorio el malogrado Allú, la ha ocu-

pado el joven pianista y compositor D. Dámaso Zabalza.

También ha muerto el tenor Agostini, con el cual contaba la empresa de Jovellanos, que en cuanto á tenores está muy desgraciada: quizá podrá resarcirse de sus pérdidas con el joven D. Dionisio Marin á quien acababa de contratar: el público, sin embargo, augura mal de la zarzuela; pero ¿quién hace caso del público de Madrid? De ese público que está alarmado con la aparición del cometa que se ve hace algunas noches, de ese público que cree que esos astros son funestos y teme, cuando menos, que un choque con otro de los cuerpos que vagan en el espacio, pudiera producir trastornos en nuestro planeta, olvidándose de que el célebre astrónomo Arago compara este peligro á la probabilidad de sacar una bola negra única, entre trescientos millones de bolas blancas.

Pero volvamos á los teatros: el primer actor y empresario del teatro del Príncipe el Sr. Valero está haciendo grandes mejoras en aquel teatro, y su compañía es muy notable: figuran en ella las Sras. Palma, condesa Valentini, Moscoso y Tutor y la joven alumna que ganó la medalla de oro en los últimos exámenes del Real Conservatorio: cuenta además con los Sres. Ossorio (D. Fernando), Pizarroso, Mario, Chas de la Motte y otros no menos conocidos y apreciados del público.

En los altos círculos no se habla ahora de otra cosa que del matrimonio del duque de Malakof con la señorita doña Sofía Valera: dícese que el emperador de los franceses la ha dotado con un millon, que la emperatriz la regala el *trousseau* ó canastilla de boda, y que nuestra reina la ha enviado ya un magnífico regalo.

Asegúrase también que otro mariscal del imperio ha pedido en París la mano de otra dama española, que esta dama es la duquesa de Sotomayor, marquesa viuda de Casa-Irujo, y que hay, desde que esto se asegura, muchas jóvenes que desean ver la capital de Francia.

En el patio principal del ministerio de Fomento, se trabaja para construir el pabellon provisional que ha de servir para la esposicion de bellas artes que se abrirá el día 1.º de Octubre: la sala es un polígono, su decoracion de estilo griego: cuatro ornacinas de ligerísimas formas, darán luz á las obras que se coloquen en el pabellon.

Los artistas, por su parte, corresponden con el mayor entusiasmo á la convocatoria del Gobierno. Un sin número de obras se han presentado ya y aun faltan muchas que se presen-

tarán en los dias que restan del plazo señalado.

Bosco se ha trasladado del teatro de Tirso de Molina al de Variedades con sus *spiriti infernali*: el público sigue favoreciéndole y admirándole: el mérito de este mago es indisputable y además no es español.

En nuestra generosa patria todo y todos favorecemos á los extranjeros; hasta el Gobierno, en vez de fijar la ventaja de censurar las novelas por entregas solo á los españoles la ha hecho estensiva también á las traducidas.

Vaya con Dios! Mientras tengamos este beneficio no nos quejemos porque los demás le disfruten también.

El Sr. Trueba ha hecho una cuarta edicion de su *Libro de los cantares*, y está publicando en los folletines de *La Correspondencia autógrafa* sus preciosos *Cuentos de color de rosa*. Pero ¡qué cuentos! bien puede decirse que son un pasto delicioso del alma.

PAMELA.

#### ADVERTENCIA.

En nuestro constante deseo de ir siempre mas allá de nuestras ofertas, damos hoy mayor número de páginas de las que nuestro compromiso exige. Estas se hallan destinadas á dar cabida á algunas composiciones poéticas que se nos habian remitido, complaciendo así á las personas que se han servido enviarnoslas.

A LA SEÑORA

DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LA PALOMA.

Maria, si el dulce arrullo  
De la Paloma cuitada  
Resonase en tu morada  
Cual eco del corazon,  
Decifraras en su acento  
Que por tu ausencia delira,  
Y que distante suspira  
De tu risueña mansion.

Cuando cruza solitaria  
Por el anchuroso monte,  
Detiene en el horizonte  
Su mirada de candor:  
Y á través de los celajes  
Del espacio iluminado  
Le parece ver copiado  
Tu semblante encantador.

Cuando la aurora risueña  
Aparece en la mañana  
Entre arreboles de grana  
De estacion primaveral,  
La paloma que en tí sueña  
Con dulcísimos acentos  
Te remite con los vientos  
Salutacion matinal.

Pero en vano se lamenta  
De su montaña en la loma,  
Que el amor de la paloma  
Es mirado con desden.  
¿A quién importa que muera  
Sobre su tumba de flores  
El ave de los amores,  
La mensajera del bien?

¿Quién acogerá en su pecho  
Su dulcísimo cariño  
Tan puro como del niño  
El inocente reir;  
Si en la senda solitaria  
De su transitoria vida,  
El placer no la convida  
Su camino á proseguir.

—¿Por qué tú suspirar, ave doliente,  
Preguntaba una flor blanca y hermosa  
A la Paloma cándida y llorosa  
De dulce y melancólico clamor?  
¿No ves mi faz gozosa y sonriente  
Retratarse del agua en los cristales?  
Pues mayores, Paloma, que tus males  
Son los instantes de mi cruel dolor.

—Tú la cantora de nevado cuello  
Tienes el sol, tus alas, el espacio;  
La verde cordillera es tu palacio,  
Tu lecho las palmeras del verjel;  
Mientras yo, pobre flor, solo un destello  
Alcanzo de esa lumbre protectora,  
Leve sonrisa de la esquiva aurora  
Que emana de sus lábios de clavel.

—Yo no puedo imitar tu dulce canto  
Henchido de pesar y melodía,  
Yo á mi tallo sujeta noche y día  
No tengo otro horizonte que el jardín:  
Es mi existencia pasajero encanto  
Que vuela con mis hojas desprendidas  
Cuando las mire sin color caídas  
Será el instante de mi triste fin.—

Al escuchar la Paloma  
El suspirar de la rosa,  
Entre risueña y llorosa  
Le contestó con afán:  
"Quién pudiera, flor divina,  
Ver terminadas tus penas  
Y morir en las arenas  
Donde tus hojas están.

"Tú lamentas de la vida,  
Los amargos sinsabores,  
Pero tienes otras flores  
Que compartan tu prision;  
Tienes auras bienhechoras  
Que se aroman de tu aliento,  
Y en cada nota del viento  
Una continua ovacion.



"Tienes arroyos de plata  
Que salpican de rocío  
En las mañanas de estío  
Tu corola virginal;  
Y cuando llega el momento  
Que te abandonen tus hojas  
Es porque tú las arrojas  
En alas del vendabal.

"Pero yo miro alejarse  
Las ilusiones del alma,  
Y perdida ya mi calma  
Solo me resta esperar...  
Esperar dulce consuelo  
De la amistad sin mancilla  
De otra Paloma sencilla  
Que respondió á mi arrullar."

Maria, si dulce canto  
De la Paloma cuitada  
Resonase en tu morada  
Cual eco del corazon,  
Decifráras en su acento  
Que por tu ausencia delira,  
Y que distante suspira  
De tu risueña mansion.

VICTORINA BRIDOUX Y MAZZINI DE DOMINGUEZ.

## EL BENGALI.

### LEYENDA CHINA.

Al declinar de la tarde  
cuando el sol tibio escondía  
su último espirante rayo  
por los bosques de las Indias,  
allí, oculto entre las ramas  
y halagado por la brisa  
cantaba el tierno Bengali  
dulces canciones divinas.  
Los canoros ruiseñores  
al oírle enmudecían,  
las pintadas mariposas  
por sus ayes conmovidas,  
sobre las flores posadas  
sus tiernas alas batían,  
y las delicadas flores  
daban su esencia y su vida  
por escuchar del Bengali  
la celestial armonía;  
y cuando desde las nubes  
las viageras golondrinas  
del melodioso cantor  
los dulces trinos oían,  
olvidando su viaje  
y hasta á su patria querida  
como flechas desde el cielo  
á la tierra descendían.  
El Bengali amó á una rosa  
que apenas contaba un día,  
blanca, como las espumas  
que el manso arroyuelo riza;  
pura como la azucena,  
y como pura divina.  
Todos sus cantos á ella  
el Bengali dirijía.

ya bulliciosos y alegres  
 como ilusiones queridas,  
 ya tristes y melancólicos  
 como cuando el sol espira.  
 Mas viendo que ni los ayes  
 ni suspiros conmovían  
 á aquella flor adorada  
 que muda á su voz yacía,  
 tímida el ave le dijo,  
 desde una planta vecina  
 —"A miles flores conozco  
 de hermosura singular,  
 unas, como el cielo azules,  
 otras rojas cual coral;  
 flores que á orillas del río  
 lozanas se ven brotar,  
 y que les sirve de espejo  
 aquel líquido cristal;  
 otras que en espeso bosque  
 van sus hojas á ocultar;  
 otras que crecen mecidas  
 á impulsos del huracán;  
 otras que viven hermosas  
 en las orillas del mar  
 y que al marino que parte  
 dulces aromas le dan.  
 Mas ¡ay! la flor perfumada,  
 la roja como el coral,  
 las que viven en los ríos,  
 las que habitan junto al mar,  
 la tímida, y la coqueta  
 que amor por do quiera dá,  
 no son como tú tan bellas  
 ni pueden nunca igualar  
 tu perfume y tu pureza,  
 tu hermosura y castidad.  
 Amame... que sin tu amor  
 el Bengali morirá."  
 —"Pero... ¿y tus alas?" (temblando  
 la casta amante añadió)  
 "El ave vuela, Bengali,  
 mas ¡ay! no vuela la flor.  
 Tú cuando beses mi cáliz  
 olvidarás tu pasión  
 dejándome abandonada  
 entre el desden y el dolor."  
 —"Para un corazón que ama  
 cual ama mi corazón  
 el amor no tiene alas,"  
 dijo el ave y suspiró.

Y aquel amante suspiro  
 en la rosa penetró  
 y su divina corola  
 para el Bengali se abrió.

Llegó la noche, multitud de estrellas  
 la esfera de los mundos alumbró  
 y en el silencio presenciaron ellas  
 los amores del ave y de la flor.

El aura en torno de la inquieta rosa  
 sus pétalos mecía,  
 y ella encantada y como nunca hermosa  
 estrechaba en su cáliz al cantor.

Mas ¡ay! la aurora del siguiente día  
 sus luces esparció,  
 y ya la flor marchita consumía  
 el postrer bien de amor.

—"Genios del aire" (esclamó el Bengali)  
 "privadme para siempre de mi voz  
 con tal que mi querida rosa blanca  
 vea aun mañana despuntar el sol."

—"¡Oh, no, no!" (murmuró la flor muriente)  
 "vive tu para amar:  
 me adoraste, Bengali, y fuí dichosa.  
 ¡Cuántas sin este goce morirán!"

Vive... vive feliz; tu voz hermosa  
 dentro de poco encantará á otra flor.  
 Adios, Bengali" y la tierna rosa  
 espiró murmurando... "adios... adios"

Ha dos mil años que la rosa ha muerto;  
 el Bengali jamás ha vuelto á amar;  
 su corazón no es ya mas que un recuerdo,  
 un gemido su voz es nada mas.

José C. BRUNA.

## A JULIA.

¡Recuerdas, Julia mia,  
 Aquella tarde hermosa  
 En que por vez primera te veía?  
 ¡Oh tarde venturosa!  
 El sol ya hacía el poniente trasponia.

Mil nubes plateadas  
 Cual espejos brillantes relucian,  
 Y al poniente agrupadas  
 Gozosas recogian  
 Las bellas crenchas rubias y abrasadas.

El cielo era sereno,  
 El campo verde á trechos matizado  
 Ostentábase ameno;  
 Y de ambrosía lleno  
 Estaba el puro ambiente embalsamado.

Los arroyuelos mansos  
 En culebras de plata desatados  
 Formaban mil remansos;  
 Para que en los descansos,  
 Vieras, Julia, tus labios retratados.

Las cabrillas triscando  
 Iban contentas todas; su balido  
 A los aires lanzando,  
 Y el ave iba cantando  
 Alegre y bulliciosa hacía su nido.

¡Cuán bello, Julia mia,  
 Era á mis ojos todo! El puro cielo  
 Mas azul parecia,  
 Y mi alma creía  
 Que era mas verde el tapizado suelo.

Gozoso respiraba

Las tibias auras de la tarde hermosa;  
Y, cuando murmuraba,  
A mí se me antojaba  
Que mas el aura entonces era armoniosa.

¿Recuerdas, Julia mía,  
Aquellas noches plácidas, serenas,  
De luna y de ambrosía,  
De gozo y de alegría,  
De puro amor y sentimiento llenas?

El aura perfumaba  
Al dejar de la flor el tierno broche,  
El aire que aspiraba.  
Y á lo lejos sonaba  
El blando murmurar de hermosa noche.

Pendía del firmamento  
La luna como lámpara de plata;  
Mas yo, en mi arrobamiento  
Y fijo el pensamiento  
En la luz que un mirar bello retrata,

Ni de la luna via  
La luciente plateada faz hermosa,  
Ni á la brisa sentía  
Que en sus alas traía  
Del cáliz de la flor parte olorosa.

Y es que á mí parecía  
Tu semblante, mi Julia, mas hermoso  
Que el que luna lucía;  
Y en tu aliento bebía  
Un sentimiento puro y candoroso.

Es que tu voz sonaba  
Mas grata á mis oídos y mas bella  
Que el canto que ensayaba  
El ave que trinaba  
Dirigiendo á su amor blanda querella.

Es que en tí, Julia, via  
Mi porvenir, mi gloria, mi ventura;  
Y en mi pecho sentía  
Que el amor ¡ay! corría  
A endulzar de mi vida la amargura.

Es que el alma doliente  
Y el corazón ya seco y angustiado  
Al ver, Julia, tu frente,  
Osténtase riende  
Contento late de placer preñado.

¡Oh tardes venturosas!  
¡Cuán grabadas quedásteis en mi alma!  
¡Oh noches deliciosas;  
Que tranquilas y hermosas  
Derramásteis en mí plácida calma!

OCTUBRE.

Aquí dentro, en mi seno,  
Guardada os tengo gratitud que embarga;  
Que me hicisteis ameno  
El de dolores lleno  
Triste camino de mi vida amarga.

FRANCISCO RODRIGUEZ GARCIA.

### Un recuerdo junto a la fuente, en la Real Posesion de los DIQUES del Jarama.

En leves cañas tendido  
de una olmeda entre el ramaje  
que cubre con verde encaje  
de Agosto el sol escondido,  
del manso arroyuelo al ruido  
que el fresco césped besaba,  
solo y atento escuchaba  
como en tono lastimero  
así un pintado gilguero  
con la fuente conversaba.

- |                    |                     |
|--------------------|---------------------|
| G.—Fuente pura     | y volviera,         |
| cadenciosa         | en primavera;       |
| ¿qué murmuraba     | ya, no espero..     |
| melodiosa          | F.—Fiel gilguero.   |
| tu corriente?      | G.—Sus amores       |
| F.—Está ausente.   | deja al viento,     |
| G.—¿Cuál la ninfa, | á las flores        |
| cuya ausencia      | pide aliento,       |
| de tu linfa        | luz y vida.         |
| la cadencia        | F.—¡Por qué es ida! |
| triste acuita?     | G.—De las brisas    |
| F.—Manolita.       | al arrullo,         |
| G.—Calla y templa  | en las risas,       |
| tu quebranto,      | del capullo         |
| y contempla        | busca amor.         |
| que das llanto     | F.—¡Cruel dolor!    |
| á la aurora.       | G.—Vé, que ausente  |
| F.—¿Cuándo llora?  | Manolita,           |
| G.—Vierte lloro    | triste acuita       |
| en el rocío...     | á la aurora         |
| ¿Qué tesoro        | tu corriente,       |
| aquél desvío       | cundo llora.        |
| te ha robado?      | F.—¡Me ha robado    |
| F.—Su cuidado.     | en un día           |
| G.—Por su amante   | su cuidado!         |
| tu gemido          | Trina y pia,        |
| murmurante         | fiel gilguero.      |
| dió al olvido      | G.—Busca amor,      |
| en un día.         | luz y vida.         |
| F.—¡Trina y pia!   | F.—Ya no espero...  |
| G.—Yo piara        | Porque es ida.      |
| si escuchara       | G.—¡Cruel dolor!    |

LUIS DEL BARCO.

### En el album de la señorita D.<sup>a</sup> Victoria de B...

AMOR.

La aurora se despertaba,  
se abría una casta Rosa,

79

y una alegre *mariposa*  
 jiraba á su alrededor.  
 Si preguntas á la *rosa*  
 que abre sus hojas nacientes  
 —"Dime flor ¿qué es lo que sientes?"  
 Te respondería —"Amor"

Si á la sonrosada *aurora*,  
 dulce cariño del día,  
 preguntaras qué sentía  
 en su inocente rubor;  
 ella, si hablarte pudiera,  
 tímida contestaría  
 que el rubor que la encendía  
 era una llama de amor.

Si á la *mariposa* incierta  
 que ligera y silenciosa  
 bebe su bien en la rosa  
 y halla su vida en la flor  
 le preguntaras —"¿Por qué  
 vuelas incierta y convulsa?"  
 Respondería —"Me impulsa  
 un pensamiento de amor.

Ahora bien; yo que en tí admiro  
 el rubor con que la *aurora*  
 su blanca frente colora  
 y la beldad de la *flor*;  
 yo, que de la *mariposa*  
 veo el retrato en tu mente,  
 diría que tu alma siente  
 todo el fuego del amor.

Mas repara que ese fuego  
 á la *aurora* desvanece,  
 que con él la *flor* perece  
 perdiendo esencia y color:  
 que la alegre *mariposa*  
 en la luz que le convida  
 pierde inocente la vida  
 víctimas todas de amor.

Tú, *mariposa* hechicera,  
*aurora* de un bien futuro,  
*rosa* de boton tan puro  
 como lo es el del candor;  
 no te olvides de ese fuego  
 que en torno tuyo se anida,  
 intenso, quita la vida;  
 moderado..... es puro amor.

José C. BRUNA.

## EL LLANTO DE LA AURORA.

Llora la aurora al despuntar el día,  
 y su llanto es la vida de las flores,  
 que esparciendo en el aire sus olores  
 le dan en cambio aromas y ambrosía.

El llanto puro y sin dolor vertido  
 por hacer algún bien, tarde ó temprano  
 Dios nos lo vuelve en bienes convertido.

JOSE C. BRUNA.

## EL COMETA.

Nosotros hemos leído, y no así como quie-  
 ra, sino en letra de molde, que los indios de  
 varios territorios de la América del Sur se po-  
 seen del miedo mas cervical al aspecto de un  
 cometa, porque le consideran como presagio  
 cierto de las mayores desgracias; y que para  
 evitarlas recurren á ciertos conjuros, que ellos  
 acompañan con ahullidos espantosos al son de  
 una especie de tambor.

Ya se supone que no nos hemos tomado el  
 trabajo de ir hasta allá para verificar el he-  
 cho, el cual por otra parte poquísima novedad  
 nos ofrecería, toda vez que nos sobran por acá  
 de esos indios bravos, sin otra diferencia sino  
 que aquí andan de chaqueta, de levita, y hasta  
 quizá de frac. No nos riamos pues de aque-  
 llos, ni les llamemos supersticiosos. Nosot-  
 ros, los hombres ilustrados del ilustrado si-  
 glo décimo nono, valemos á este respecto me-  
 nos que los tales, puesto que al cabo pertene-  
 cemos á eso que se llama un pueblo culto,  
 cuanto y mas civilizado.

El que dude de esta, que muchos en su  
 amor propio calificaron de paradoja, no tienen  
 sino irse una noche cualquiera á la muralla  
 ó á la Alameda, y allí aproximarse á escuchar  
 las peregrinas cosazas que salen de los corri-  
 llos que se forman *ad hoc*. En cada uno sue-  
 le llevar la palabra algún majadero de esos que  
 la dan de sabidos, y media docena de páparos,  
 de los de boca abierta á fuerza de estupidez, le  
 escuchan absortos, sin apartar de él los ojos  
 sino para dirigirlos donde él les dice que se des-  
 cubre el cometa, objeto esclusivo de aquellos  
 graves discursos.

Aquí son los trabajos. Unos hacen visera  
 de ambas manos, otros recogen la vista estre-  
 chando casi hasta cerrarla la abertura de los  
 párpados, aquel señala con el dedo la estrella  
 que le parece mas pintiparada, el de mas allá se  
 traga por cometa alguna distante luz de la  
 opuesta costa, y entre si es, si no es, si la veo,  
 si no la veo, se hace lugar á que el orador em-  
 prenda con el segundo punto de su perorata,  
 reducida á las muertes, á las guerras, á las  
 pestes, á las calamidades en fin, que aquel fe-  
 nómeno anuncia, y que es la parte terrorífica  
 del discurso.

Como lo absurdo es lo que mas á puño cer-  
 rado creen los necios, aquel concurso respetable,  
 harto ya de tomar el fresco ó echado de  
 allí por las recias bocanadas del poniente, se  
 va disolviendo poco á poco, no sin llevar cada  
 cual á su casa la íntima convicción de que el

cometa algo trae, y de que ese algo no es ninguna cosa buena.

Esto se refiere y se comenta en la vecindad. Las mujeres toman por su cuenta el asunto. Todas quieren ver, para hacer como que se horrorizan despues, á aquel fatídico nuncio de males, que muy ageno de los testimonios que acá abajo le levantan sigue imperturbable el curso que la mano de Dios le señaló; puéblanse de enaguas las azoteas, échanse á la calle, recorren la Alameda, y por lo comun se vuelven á casa sin haber visto nada, que es la mayor desgracia para una mujer, y la verdadera y acaso la única calamidad que habrán de recibir del influjo del cometa.

Esta es la historia del actual, porque es la de todos. Como con los demás ha acontecido, irá aquel desapareciendo, y de aquí á unos dias nadie volverá á acordarse de semejante cosa. Si hay guerras aquí ó allí, todo el mundo las atribuirá, como es muy natural, á que los hombres siempre encuentran, han encontrado y encontrarán motivos bastantes para no estar jamás en paz entre sí; si hay pestes, á que tal es la condicion de la naturaleza humana; si hay hambre, á los agentes perturbadores que esterilizan el suelo ó aniquilan su produccion; pero nadie se cuidará, y hará muy bien, de achacar aquellos males al inocente cometa, olvidado ya de todo punto, porque al cabo se llega á comprender que si los tales anunciassen en efecto desgracias, habria menester un cometa para cada casa, donde siempre son mas estas que las venturas, y porque si las calamidades de que se le supone portador fueran públicas y no mas, tampoco se explica como pudiera atribuírsele una epidemia por ejemplo, que solo afligiese á tal ó cual territorio, cuando habia sido tambien visible en otros muchos que se conservan sanos.

Hay además de estos vulgares miedos de que hemos hablado al principio, otros de peor especie, porque los que los abriga se fundan en las que suponen decisiones de la ciencia. Vamos á explicarnos mas claro.

Muchos de los cometas, á consecuencia de sus repetidas apariciones ó del largo tiempo en que han podido observarse, tienen su órbita calculada de un modo tan exacto que se sabe á punto fijo la época en que deberán aparecer de nuevo. Su anuncio no es por tanto ninguna profecía, como no lo es el saber que la luna entrará en menguante ó en creciente en tal dia y á tal hora. Ahora bien, los periódicos, de los cuales los mas andan siempre á caza de paparruchas para entretener á sus cándidos lectores, tan luego como se aproxima la época en que uno de aquellos cuerpos debe

reaparecer, nos anuncian en algun suelto de su gacetilla que el astrónomo Mr. Fulano (y aquí se busca un apellido muy aleman ó muy sueco con diez y siete consonantes) ha predicho la aparicion de un cometa, el cual se aproximará tanto á la tierra que si no la echa á rodar de un testarazo, ocasionará en ella cuando menos tal cataclismo que no quedará títere con cabeza. Esto lo leen cien personas, y éstas se lo cuentan á mil, y todos los periódicos copian el noticion porque comprenden que es demasiado absurdo para dejar de hacer fortuna, y antes de un mes caten ustedes aterrizada á media Europa.

Y la verdad del caso es que el astrónomo aleman de las diez y siete consonantes, ó no ha existido mas que en el tintero del periodista, ó no ha dicho semejante cosa ni se le ha pasado por las mientes.

Entretanto sigue rodando la bola, y ya se dice que nuevas observaciones fijan el dia de la catástrofe; pero cuando con los cabellos erizados por el terror aguarda la humanidad entre mortales congojas su hora postrera, esta hora pasa, y muchas mas despues, y la confianza renace, y el cometa se va riéndose de la tierra, y el periodista se queda en su redaccion riéndose de sus lectores y esclamando para sí: *¡Qué grande es el poder de la prensa y cuán sublime es su mision!*

Estos repetidos desengaños parece como que debieran hacer á los hombres mas cautos, menos crédulos; pero quien tal imagine no conoce la humanidad. De allí á algunos meses volverá á creer lo propio si halla quien le diga lo mismo. Tal ha sucedido siempre y ya es una razon muy poderosa para asegurar que seguirá sucediendo.

Vayan algunos ejemplos notables.

En el siglo décimo octavo y en París, época y capital donde el filosofismo amontonaba materiales para la espantosa revolucion que algo mas tarde asoló la Francia; allí, en el centro de las luces, á consecuencia de un furioso viento y de un extraordinario calor acaecidos en 20 de Octubre de 1736, publicaron las gacetas que el sol habia retrogradado, y costó gran trabajo á algunos sabios el probar lo contrario.

Todo el mundo creyó en 1768 que Saturno se habia perdido por esos espacios de Dios, como se pierde un alfiler que se cae á la calle, y esto, segun afirma el célebre astrónomo Lalande, se daba por seguro hasta en los periódicos mas sensatos y hasta en las reuniones de personas mas ilustradas. Pero el mismo sabio asegura que todo ello no fué nada comparado con el terror que produjo en Mayo de 1773 una memoria suya acerca de los cometas,

puesto que á pesar de estar impresa y por consiguiente al alcance de todos, corrió en París generalmente la falsísima voz de que en ella precedía la aparición de uno de aquellos, el cual iba á ocasionar la destrucción del mundo. Tuvo que desmentir Lalande lo que sin razón se le había atribuido, y en su tratado de Astronomía publicado después, explicó su pensamiento, el cual era relativo solo á la posibilidad de que algún cometa, en rarísimas circunstancias, pudiera llegar á ejercer una acción dañosa sobre la tierra; pero añadiendo que era tan difícil la reunión de todas ellas, que debió considerarse como una verdadera locura el terror que excitó en aquella época su ya citada memoria.

Y sin embargo, este terror no fué suficiente para hacer que se convirtiese la Du-Barry.

¿Qué mas cometa que ella?

La paparrucha reina, pues, en todos los siglos y en todos los países. El salvaje del desierto no es mas preocupado ni mas supersticioso que el hombre de la civilización.

La idea no es nada consoladora que digamos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## MODAS DE PARÍS.

El sol palidece, y el tinte agrisado del cielo nos anuncia el fin de la bella estación. Los que han desertado de París van pronto á volver á él. Se habla ya de las modas de invierno, y los sombreros de terciopelo, primeros preservativos del frío, se ven en las vidrieras de todas las modistas. Esto hace tiritar y entristece el alma; porque, aunque cada espectáculo tenga su poesía, según dicen, ¿no son preferibles aquellos hermosos días del estío tan resplandecientes, aquellas tibias y serenas noches, mas dulces aun por las meditaciones que despiertan, á ese cielo sombrío del invierno, á ese manto de nieve que todo lo envuelve como un ancho sudario? Pero sin duda era necesario en todo el contraste la variedad, puesto que así lo ha arreglado quien sabe mas que nosotros. Aceptemos, pues, lo que existe y como existe, y busquemos al mal, si es posible, algunas compensaciones.

Los equipos de invierno serán de una elegancia escesiva, si han de juzgarse por algunas novedades que empiezan á salir á luz. Las telas, sobre todo, superan en suntuosidad cuanto hasta hoy se ha visto.

No se abandonarán los volantes, pero los trages de quillas y las dobles faldas gozarán de una señalada predilección.

Algunos trages se ven sembrados de flores y las quillas forman losanges ó caprichosos dibujos que serpean por la falda.

He visto otros de muaré antiguo de doble falda, de una magnificencia estremada.

La primera falda está orlada de rayas bayaderas arrasadas, color sobre color. La segunda está cubierta hasta la altura de cuarenta centímetros poco mas ó menos, del mas rico dibujo recamado que puede verse. Este es en seda blanca de plata. Así sobre un fondo rosa ó celeste puede juzgarse cuán espléndido estará.

Estos trages convendrán para equipo de suaré.

Hay mucho gros de Nápoles en colores subidos, adornados con dibujos de terciopelo.

En general, los dibujos de las telas son grandes y se componen sobre todo de rayas anchas y cuadros.

El género escocés estará mas de moda que nunca. Los tafetanes de rayas atravesadas se llevarán para equipos sencillos, así como las popelinas, droguetes, terciopelos picados, acolchados, brasileñas, noruegas, y otras.

Nuestros almacenes de fama no exhiben aun todas sus novedades. La vez próxima tendré ciertamente una larga lista de telas que presentaros. Las que acabo de citar se emplean hoy como hoy para trages de fin de estación. La temperatura se hace irregular; hay sucesivamente calor y frío: esto obliga á abandonar los vestidos ligeros para adoptar los intermedios entre el verano y el invierno.

Mme. Maréchalle acaba de crear algunos modelos de sombreros en crespon ó terciopelo para trages de otoño, y que son de una coquetería graciosa y llena de buen gusto.

Vais á juzgar.

Sombrero de crespon malva, de dos distintos grados de color. Sobre el ala una blonda vuelta.

Fondo suave de crespon blanco, cubierto de tul negro mosqueado.

Al rededor del fondo, y partiendo de una oreja á otra, media guirnalda de violeta, tambien de dos matices.

Bajo el ala, bandó de violetas semejantes. Segundo modelo.

Sombrero de crespon blanco.

Sobre el fondo unos paños de terciopelo azul, rodeados de encage negro.

Los dos extremos de estos paños se echan coquetamente hácia el medio del bavolet.

Bajo el ala, bandó de terciopelo trenzado.

Tercer modelo.

Sombrero de terciopelo escocés, adornado de encage negro.

El ala tiene una especie de canal á todo lo largo. El fondo es suave.

En el interior hay flores de terciopelo, de vario color como la tela, mezcladas con blanda.

Este sombrero es de una encantadora originalidad.

Mlle. Pitralt, que ha hecho este verano numerosos envíos de prendidos de flores á los baños, prepara bellísimas novedades para los próximos bailes; porque tan luego como nuestras lindas emigradas vuelvan á París, los salones se abrirán y comenzarán las habituales fiestas.

Las flores de la naturaleza son sin duda bellísimas; pero las que produce Mlle. Pitralt no tienen menos brillo.

Ved aquí algunos nuevos prendidos suyos, que os recomiendo particularmente.

Primero, en glicinas lilas y rosas de espuma. A propósito de estas últimas os diré que Mme. de Genlis fué quien trajo de Inglaterra á París el primer rosal de espuma que aquí se vió.

La glicina es una linda flor formando racimos, y naturalmente graciosa. Ella brota sin cultura sobre los muros: es la belleza sin arte, que no debe su esplendor sino á la divina mano de quien recibió la vida.

Segundo prendido.

Con espigas, adormideras de terciopelo y margaritas blancas.

Citaré aun encantadores prendidos de rosas verdes y yerbas, de corales, cinerarias blancas y grosellas, margaritas rosa, verbena rosa, con mezcla de iris de España.

Aun no he dicho todo acerca de los sombreros y quiero designaros algunos modelos de la casa Leroy-Mariton. Este es tambien uno de los santuarios privilegiados de la moda, y que es conocido de todas nuestras elegantes.

Capota de terciopelo alhelí, de fondo suave, en tafetan blanco.

El ala tiene una canal á lo largo. Cae sobre el fondo una rica punta de blanda. El bavolet es de terciopelo alhelí, corte cuadrado y á pliegues dobles.

A la izquierda del sombrero dos cabezas de plumas blancas rizadas se enrollan hasta el borde del ala.

Bajo esta, carrilleras de blanda, y bandó de terciopelo alhelí.

Este sombrero es de una elegancia suprema. Segundo modelo.

Sombrero de terciopelo real blanco, cortado con terciopelo malva rayado de blanco. Calota redonda. A la izquierda del ala un plegado doble de terciopelo malva, en medio del cual

serpea una blanda blanca. Este plegado se termina en un paño que vuelve debajo del ala á modo de presilla.

Bavolet cortado de terciopelo malva y terciopelo real blanco.

Bajo el ala, carrilleras de blanda y bandó de terciopelo malva.

La frescura de este sombrero embelesa.

MME. JULIETTE LORMEAU.

## ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

### PRIMER FIGURIN.

Vestido de tarlatana rosa con siete volantes: monillo liso escotado con cotilla: manga corta á buchets. Berta de tul negro con rayas formadas de cintas estrechas de terciopelo, separadas por rizados de tul negro: la berta forma punta delante y detrás, adornándola por delante con tres lazos de terciopelo y un nudo con cabos, y detrás otro nudo de terciopelo con cabos largos. Adorno de cabeza, guirnalda de margaritas y hojas. Brazaletes ricos. Guante blanco. Abanico chineesco.

### SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de crespón verde azof con dos enaguas: la de encima está rodeada de un fleco de igual color del vestido: á cada lado tres nudos de terciopelo del mismo color: manga corta con dos buchets. Adorno de cabeza, guirnalda de rosas con caídas de hojas. Rico brazaletes. Guante blanco.

### TERCER FIGURIN.

Vestido de muselina blanca con volantes: monillo escotado. Berta Antonieta con una guarnición bordada y cabos largos que se cruzan por delante sujetándolos detrás. Manga larga abierta sobre el brazo. Manteleta de encaje negro con un ancho volante: en medio del capuchón nudo de terciopelo. Aderezo de coral. En el cabello adorno de coral y hojas verdes.

### CUARTO FIGURIN.

Vestido de organdí bordado con dos enaguas: la segunda está abierta por los lados y rodeada de un buche debajo del cual se coloca una cinta azul: monillo escotado con una pun-

tilla de Valenciennne al rededor del escote: manga corta con buche, y otra segunda manga odalisca. Cinturon á lo emperatriz de cinta celeste muy ancha con moño y cabos largos sujeto al lado izquierdo del talle. Adorno de cabeza, guirnalda á lo María Estuarda. Brazaletes de fantasía. Guante blanco.

## ESPLICACION DE LAS DOS HOJAS DE PATRONES Y BORDADOS.

### NUMERO 11.

N.º 1 El elegante dibujo que damos bajo este número es para alba ó roquete: su linda y sencilla composicion de rosas, espigas de trigo y racimos de uva, se borda en tul de Bruselas con sobrepuestos de muselina.

2 Guarnicion para enaguas: al pasado y feston.

Manga veneciana compuesta de dos grandes buches, separados por un pequeño puño sobre el que cae una guarnicion gayoneada: esta manga se termina por un puño bordado, adornado de un pequeño Valencien- nes. Para formarla se seguirá la indicacion de las letras marcadas en los moldes.

N. 1 Primer buche.

2 Segundo id.

3 Manga sobre la que se arma el primer buche.

4 Pequeño puño que separa los dos buches.

5 Puño.

6 Dibujo para las mangas del alba ó roquete, pudiendo servir tambien para mantel de altar: se borda del modo que queda esplicado para el núm. 1 de la cara anterior.

7 Palla: al pasado sobre moiré ó terciopelo.

8 y 9 Babucha para bordarla con cordoncillo de oro, sobre paño negro ó encarnado.

10 y 11 Esquinas para pañuelo: al pasado.

12 María: al pasado.

### NUMERO 12.

N.1 y 2 Cuello y mangas: feston y lunares.

3 Pañuelo: al pasado, feston y ojete.

4 y 5 Guarnicion: al pasado y feston.

6 Id.: id. y ojete.

7 Id.: feston y ojete.

8 Escudo P. L. O. enlazadas: al pasado, punto de armas, ojete y calados.

9 Cuello para niño: al pasado y feston.

10 Pañuelo: bordado rico.

11 Escudo: al pasado.

12 Guarnicion: feston y ojete.

13 Gorro griego: cordoncillo fino de seda ú oro. Luego de unidos los cascotes, se le pone una borla de seda floja del color del terciopelo ó del cordoncillo de que se borda.

14 Escudo S. L. enlazadas: al pasado, punto de plumas y bordado ligero.

15 Id. E. D. L. id.: feston y bordado ligero.

16 Pañuelo: al pasado y feston.

17 Escudo: id. y ojete.

18 Embutido: id. id.

19 Id.: id.

20 Francisca: al pasado.

21 A. R. enlazadas: id.

22 Escudo pequeño, C. G. enlazadas: al pasado.

23 B. E. al pasado.

24 A. Z. enlazadas: al pasado.

25 E. D.: id.

26 Amalia: id.

27 Z. M.: id.

28 A. Y. enlazadas: id.

29 A. T. id.: id.

30 Ana: id.

31 E. D. L. enlazadas, con corona de fantasía: al pasado, feston y bordado ligero.

32 L. P. O: al pasado.

33 Fermin: bordado rico.

34 Loretico: id.

35 Pilar: id.

36 Escudo E. M. P.: al pasado, ojete y bordado ligero.

37 F. O.: id. id.

38 J. L.: id. id.

39 J. O.: id. id.

40 D. O.: id. id.

41 C. O.: id. id.

### MONILLO CON PRETINA.

N. 1 Delantero.

2 Espalda.

3 Costado.

4 Manga.

- 5 Doble buche.  
 6 Volante.  
 7 Pretina.
- 8 Escudo J. C. enlazadas: al pasado y lunares.  
 9 Escudo M. R.: feston.  
 10 Id. M. C. enlazadas: al pasado y bordado ligero.  
 11 Escudo G. D. L. enlazadas: al pasado.  
 12 Guarnicion: al pasado y ojetes.  
 13 Id.: feston.  
 14 Embutido: id.  
 15 Guarnicion: al pasado y feston.  
 16 Id.: id.  
 17 P. E. enlazadas: id.  
 18 J. R. id.: id.  
 19 Angel: id.  
 20 E. H.: id.  
 21 C. G.: id.  
 22 E. H.: id.  
 23 A. C.: id.  
 24 Julia Blanco: id.  
 25 J. H.: id. y feston.  
 26 E. D. enlazadas: id. y lunares.  
 27 U. G. id.: id. id.  
 28 L. P.: al pasado.  
 29 A. R.: id.  
 30 A. B. enlazadas: id.  
 31 Juana del Saz.—J. S.: para crochet.

## GENTE MORENA.

### I.

Muchachas de tez de nieve  
 y de rubia cabellera  
 son florecitas, mas son  
 florecitas sin esencia.  
 Glaciales hijos del Norte,  
 queredlas enhorabuena,  
 que os gustarán como os gusta  
 la nieve de vuestras sierras;  
 pero en Castilla queremos  
 muchachas de tez morena,  
 queremos almas ardientes  
 como este sol que nos quema.  
 Moreno pintan á Cristo,  
 morena á la Magdalena,  
 morenas sin duda fueron  
 la granadina Zulema,  
 la aragonesa Isabel,  
 la castellana Jimena  
 que en los anales de amor  
 dejaron memoria eterna;  
 morenitas suelen ser  
 las muchachas de mi tierra,  
 moreno es el bien que adoro...  
 ¡viva la gente morena!

### II.

Así, pidiendo á la historia  
 razones que á dar se niega,  
 los cantos meridionales  
 ensalzan á las morenas;  
 así el pueblo de Castilla  
 vuestra rubia cabellera  
 de color de ébano torna,  
 ¡oh Jesus! ¡oh Magdalena!  
 Yo Anton el de los cantares  
 tambien nací en esta tierra  
 donde el amor es la gloria  
 y el limbo la indiferencia;  
 pero yo al amor no pido  
 una mejilla trigüña,  
 que le pido una mejilla  
 de rosas y de azucenas.  
 ¡Oh virgen de ojos azules  
 que ví llorar en mi aldea  
 de amor y melancolía  
 cuando doraba la sierra  
 el triste sol de los muertos,  
 ¡tu amor quiero y tu tristeza!

ANTONIO DE TRUEBA.

## CORRESPONDENCIA.

Sr. Don R. de A.: *San Asencio*.—Se han recibido los sellos para pago de su suscripcion hasta fin de Diciembre. En el patron de Noviembre se estampará lo que pide.

Sr. Don J. G. y M.: *Ciudad Rodrigo*.—Id. id. Id. id.

Sr. Don A. T.: *Cartagena*.—Suscrito hasta fin de Diciembre.

Sr. Don A. L.: *Zaragoza*.—Id.

Sr. Don J. G.: *Cartagena*.—Id.

Sr. Don J. B.: *Cartagena*.—Id.

Sra D<sup>a</sup> I. F.: *Lebrija*.—Id.

Sra. D<sup>a</sup> A. M., Sra. D<sup>a</sup> D. V., Sra. D<sup>a</sup> L. M.: *Sevilla*.—Id.

Sra. D<sup>a</sup> M. Ch. de C.: *Córdoba*.—Id.

Sra. D<sup>a</sup> M. G.: *Chiclana*.—Id.

Sr. D<sup>a</sup> M. V. y de la H.: *Ceuta*.—Id.

Sra. D<sup>a</sup> E. E. de D., Sra. D<sup>a</sup> C. I., Sr. Don A. C.: *Almería*.—Id.

Sra D<sup>a</sup> C. R.: *Utrera*.—Se recibieron los sellos para su suscripcion.

Sra. D<sup>a</sup> A. M. V.: *Almería*.—El 28 se le ha duplicado el número 40.

Sr. Don J. M.: *Alcoy*.—Se está sirviendo la suscripcion de don A. C. por estar abonada hasta fin de Diciembre.

Sr. D<sup>a</sup> P. del A. y M.: *Olias del Rey*.—El día 20 se le ha remitido un catálogo para que elija las obras que desea.

Sr. Don J. M.: *Barcarota*.—Se ha recibido la carta orden para el cobro del importe de su suscripcion hasta fin de Diciembre.

Sra. D<sup>a</sup> C. P.: *Arcos*.—En el patron de Noviembre será V. servida.

Sr. Don J. S.: *Puerto de Santa María*.—La Srta. doña M. S. queda suscrita hasta fin de Diciembre.

Sra. D<sup>a</sup> F. A. de C.: *Madrid*.—Queda rectificad la direccion.

